

Bonifacio y Dorotea: Mateo Alemán y la novela burguesa

La intercalación de novelas fue una de las muchas vías por las que el *Guzmán de Alfarache* proyecta su sombra sobre el *Quijote*. Las cuatro allí insertas no han suscitado la misma polvareda que las de la venta en Sierra Morena acerca de su justificación y oportunidad¹. No entran en el relato del Pícaro sobre las espaldas de personajes o situaciones episódicas, sino que, conforme a la urbanidad de la época², se introducen en momentos que requieren alivio del camino o algún particular esparcimiento del ánimo. La novela de *Bonifacio y Dorotea* representa un acto de consideración por parte del capitán Favelo, deseoso de entretener a Guzmán tras la crisis supuesta por el suicidio de Sayavedra. Y entre las muchas cosas notables y no explicadas de este relato se halla el ser parte de cierto libro escrito por uno de los forzados de a bordo, que recibe orden de leérselo a Guzmán, por versar sobre gentes y costumbres de su Sevilla natal. Es así un encuentro présago de Guzmán con su destino de galeote escritor, como lo es también del propio Alemán con su personaje, en un anillo de sevillanismo de profundo significado. Es una novela de ciudad, una innovación temática nacida a la par que la llamada «novela cortesana,³» pero

¹ Tratadas en conjunto por E. MORENO BÁEZ, *Lección y sentido del «Guzmán de Alfarache»* (Madrid, CSIC, 1948), pp. 181-189; E. CROS, *Protée et le Gueux. Recherches sur les origines et la nature du récit picaresque dans 'Guzmán de Alfarache'* (París, Didier, 1967), pp. 387-392; D. MCGRADY, *Mateo Alemán* (New York, Twayne, 1968), pp. 145-167; A. SAN MIGUEL, *Sentido y estructura del Guzmán de Alfarache de Mateo Alemán* (Madrid, Gredos, 1971), pp. 245-274; M. MOLHO, *Introducción al pensamiento picaresco* (Salamanca, Anaya, 1972), pp. 108-111; M. SMERDOU ALTOLAGUIRRE, «Las narraciones intercaladas en el *Guzmán de Alfarache* y su función en el contexto de la obra», *Actas del I Congreso Internacional sobre la Picaresca* (Madrid, Fundación Universitaria Española, 1979), 521-525.

Los textos del *Guzmán de Alfarache* citados en el presente estudio proceden de la edición de F. RICO, *La novela picaresca* (Barcelona, Planeta, 1967).

² Sobre el arte de contar cuentos y novelas como entretenimiento de sociedad y su incipiente preceptiva, C. SABOR DE CORTÁZAR «El *Galateo español* y su rastro en el 'Arancel de necesidades'», *Hispanic Review*, 30 (1962), p. 319; SAN MIGUEL, *Sentido y estructura*, p. 204.

³ A. GONZÁLEZ DE AMEZÚA Y MAYO, *Formación y elementos de la novela cortesana* (Madrid, 1929).

que, por razones que no son del momento, no gozará de la misma fortuna de ésta. Retrato, o más bien diagnóstico (no se olvide que el autor era también médico), de otra clase de Babilonia, cuya vida no viene marcada por el fausto y la corrupción ostentosa, sino por los vicios opuestos de la codicia y la claudicación hipócrita. Novela ceñida a un modelo sociológico más moderno y perfectamente elegido con aquella Sevilla, vista sin ningún pintoresquismo a lo cervantino y sobre la cual se cierne el Espíritu del Mal, desencadenado a medias para azuzar a sus poderosos auxiliares, el Mundo y muy en especial la Carne.

Las fuentes de la novela de *Bonifacio y Dorotea* son perfectamente conocidas. Su origen remoto es la novela XXXII del *Novellino* (1476) de Masuccio Salernitano⁴. Es también una historia de gran ciudad, ahora Venecia, y adornada de lances muy similares, con marido «maestro de battere oro da recamare,» astuto galán florentino y vieja alcahueta, «multo scozzonata, prattica e intendente». Pero lo que Mateo Alemán tuvo, sin duda,

⁴ *Il Novellino*, ed. G. Petrocchi (Firenze: Sansoni, 1957), pp. 298-306. A su vez, el relato de Masuccio reproduce en sus motivos esenciales el *fabliau* titulado *D'Auberée la vieille maquerelle*. En éste un joven, perdidamente enamorado de cierta inaccesible «borgoise» recurre a los servicios terceriles de la vieja costurera Auberée. Esta va a visitar a la señora, ingeniándose para entrar con ella en la alcoba conyugal, donde mañosamente deja en su lecho un «surcot» o gabán masculino. Al descubrir el marido dicha prenda, monta en cólera y expulsa de la casa a su mujer. Auberée se hace contradiza con ella en la calle y la invita a acogerse a su casa, hasta que se disipe la cólera del marido. Allí la deja dormida, bajo llave, y corre a avisar al amante. Este amonesta después a la señora sobre la inutilidad de una resistencia que sólo ayudaría a publicar su deshonra, «quant la grant gent et la menue / Vos verroit lez tote nue». La reflexión de ella es también característica: «—Par foi! fet elle, 'rien ne valt, / Que ge crierai ja si haut / Que tort sera ci acorue / Tote la gent de ceste rue». Al romper el alba Auberée les sirve un excelente desayuno y los amantes permanecen juntos por una segunda noche. Con las primeras luces Auberée conduce a la mujer al cercano monasterio de San Cornille, donde la hace prosternarse en el suelo, con cuatro cirios en cruz que la vieja trae de su casa y enciende en la lámpara del altar de la Virgen. Corre entonces a buscar al marido, ya medio arrepentido, para que acuda a ver la penitencia de su esposa. El «borgois», en efecto, la vuelve consigo a su casa. Poco después, Auberée lamenta por la calle, con grandes gritos y aspavientos, la pérdida de aquella prenda masculina, que le había dado a confeccionar cierto cliente. El marido sospecha si se tratará del mismo indicio que le hizo caer en sospecha. Como la vieja dejó prendida en el vestido una aguja, se reconoce así fácilmente y el marido queda totalmente satisfecho de la fidelidad de su mujer (A. DE MONTAIGLON ET G. RAYNAUD, *Recueil général et complet des fabliaux des XIII^e et XIV^e siècles* [New York, Burt Franklin. First Published, 1883], V, pp. 1-23). Pero, a su vez, el *fabliau* descende de la tradición hispano-oriental del *Libro de los enganos e los asayamientos de las mugeres*, cuyo ejemplo XIV relata sustancialmente la misma historia (ed. A. BONILLA Y SAN MARTÍN, Biblioteca Hispánica [Barcelona-Madrid, 1904], pp. 44-46). La mayor diferencia consiste allí en que las sospechas del marido (un mercader en paños) se desvanecen mediante el artificio de ciertas reconocibles quemaduras, hábilmente practicadas por la vieja en una prenda de vestir comprada por aquél. Sobre las estrechas relaciones entre los géneros de *fabliau* y *novella*, R. DUBUIS, *Les Cent nouvelles nouvelles et la tradition de la nouvelle en France au Moyen Age* (Grenoble, Presses Universitaires, 1973), pp. 133 y ss. La relación entre *Bonifacio y Dorotea* y la novela XXXII de Masuccio fue notada por J. Saura Falomir en su edición (Madrid: Ediciones Castilla, 1953), II, p. 589. Le sigue D. MCGRADY, «Masuccio and Alemán: Italian Renaissance and Spanish Baroque», *Comparative Literature*, 18 (1966), 203-210.

a la vista fue la *Novela de las flores*, versificada por su paisano el licenciado Tamariz, como señaló Antonio Rodríguez Moñino⁵ al editar en 1953 las *Novelas y cuentos en verso* de este travieso ingenio. Tamariz innovó a su manera el cuento verde de Masuccio, del que conservó todo lo esencial, sin excluir el nombre de la protagonista, que uno y otro llaman Justina. El marido, al que no da nombre de pila, es ya un «batihoja». Pero aunque dicho oficio indefectiblemente sugiera la urbe hispalense, donde siempre hubo de ellos un próspero gremio⁶, situó su acción, sin más detalle, «en una ciudad noble de Castilla». Avanzó un claro paso por el camino de la hispanización al identificar como «jurado» de la collación al amante despechado de la bella bordadora, que en Masuccio era un «signore de notte» o capitoste de la policía nocturna en la ciudad de las lagunas. Mateo Alemán hará del mismo un «teniente», se supone que de asistente o corregidor, pura escapatoria por no mencionar a este último, en cuanto oficio de nombramiento y autoridad real (la misma prudencia persuadía a Cervantes con el otro dudoso teniente que llevó a Preciosa a su casa en Madrid.) La novela de Masuccio se resume en el elogio final de la sagacidad desplegada por el joven florentino, conforme a lo que es

⁵ *Novelas y cuentos en verso del Licenciado Tamariz* (siglo XVI), introducción de A. Rodríguez Moñino (Valencia, 1956): «El lector recordará seguramente la estrecha relación que existe entre esta novela de Tamariz y la que intercala Mateo Alemán en su *Guzmán de Alfarache*, con la diferencia de ser la en prosa mucho más extensa y complicada. Para nosotros no hay duda de que proceden de una fuente común, seguida a veces con tal fidelidad que hay coincidencias de palabras en más de una ocasión» (p. XXXVIII). Sobre los orígenes y fuentes, marcadamente italianas, del ingenio sevillano, D. McGRADY, «Sources and Significance of the *Novelas del licenciado Tamariz*», *The Romanic Review*, 59 (1968), 10-15. La relación de Bonifacio y Dorotea con la *Novela de las flores* vuelve a ser estudiada por D. McGrady, a la luz de los nuevos datos sobre Tamariz y el nuevo y muy superior texto de su obra, en su edición de las *Novelas en verso*, Biblioteca Siglo de Oro (Charlottesville, 1974), pp. 69-72. Problemas estudiados también por J. A. TORRES MORALES, «Las novelas del licenciado Tamariz y los relatos intercalados en el *Guzmán de Alfarache*», *Revista de Estudios Hispánicos* (Puerto Rico), 3 (1973), 55-78. El más completo análisis de la dependencia estructural de Bonifacio y Dorotea ha sido realizado por E. CROS, *Contribution à l'étude des sources du Guzmán de Alfarache* (sin l. ni a.), pp. 29-37.

⁶ Los batihojas aparecen muy pronto en la Sevilla medieval, donde desde el principio buscaron la cercanía de los genoveses, en el barrio más rico, adyacente a la iglesia mayor (J. GONZÁLEZ, «La población de Sevilla a fines del siglo XIV», *Hispania*, XXXV, 1975, p. 1). Dieron así nombre a su antigua calle gremial (hoy Cabo Noval), que conservó hasta el siglo XIX cierta validez como fondo supuesto, aunque no descrito, por la novela de Alemán: «Nada hay en ella de particular, es regular de ancha, y tomando una vuelta angosta pasa de la plaza de San Francisco a la Alcaicería de la Seda en la parroquia del Sagrario» (F. GONZÁLEZ DE LEÓN, *Noticia histórica del origen de los nombres de las calles de Sevilla* [Sevilla, 1839], p. 204). El carácter suntuario de los más prósperos gremios sevillanos («bordadores, batihojas, orífices, plateros, tallistas, imagineros, vidrieros») fue señalado por R. CARANDE, *Carlos V y sus banqueros* (Madrid, Revista de Occidente, 1943), p. 254; ampliado por A. DOMÍNGUEZ ORTIZ, *Orto y ocaso de Sevilla* (Sevilla, Un. de Sevilla, 1981), pp. 51 y 53; R. PIKE, *Aristocrats and Traders. Sevillian Society in the Sixteenth Century* (Ithaca, Cornell Un. Press, 1972), c. III: «Working Classes: Artisans and Unskilled Workers». Los batihojas de Sevilla se encuentran hoy reducidos a un único artesano.

común en la narrativa italiana, donde los listos siempre triunfan y prevalecen sobre los necios. Tamariz, por su parte, se escuda con presentarla como ejemplo para jueces, que en ningún momento debieran dejarse arrastrar de venganzas u otros intereses personales en el ejercicio del cargo.

Todo esto es, al mismo tiempo, puro juego de niños frente al crecimiento y mayoría de edad de la historia bajo la pluma de Mateo Alemán. Ambiente, personajes y móviles se cargan de una problemática humanidad y de complejos alcances en consonancia con la línea general del *Guzmán de Alfarache*. El autor se proponía múltiples y muy complejos fines, dentro de la ambigüedad que es sello de la modernidad literaria. Todo menos el enfrentarnos con ninguna moraleja obvia o sermonaria. Y si hubo algo que claramente esquivara (igual que Cervantes con *El curioso impertinente*) fue la crónica escandalosa de una fragilidad femenina.

Sobre todo, la historia viene ahora con una larga trastienda. Ha corrido mucha agua por el Guadalquivir antes de activarse la peripecia. La protagonista se llama aquí Dorotea («don de Dios») y trae consigo decisivas referencias de orden socio-económico. Pertenece la hija de Micer Jacobo a una de esas familias extranjeras (en realidad italiana) atraídas al comercio internacional sevillano⁷, gentes que viven bien y se educan exquisitamente, pero sin verdadero arraigo en la ciudad. El padre casó, incluso, con una señora noble de ésta⁸, pero el posterior desvalimiento de Dorotea parece indicar que los deudos de la madre no perdonaron nunca su *mésalliance* con un mercader extranjero. Una catástrofe de las que se producían con demasiada frecuencia en el comercio local⁹ dejan a la joven sola y arruinada en aquella Sevilla cuyo rumbo y boato ocultan siempre, para Mateo Alemán, un fondo despiadado (lo mismo que a Cervantes le parecía risueñamente benévolo).

⁷ R. PIKE, *Enterprise and Adventure. The Genoese in Seville and the Opening of the New World* (Ithaca, Cornell Un. Press, 1966); M. MORET, *Aspects de la société marchande de Séville au début du XVII^e siècle* (París, Editions Marcel Rivière, 1967), c. III «Les étrangers»; DOMÍNGUEZ ORTIZ, *Orto y ocaso de Sevilla*, pp. 7 y ss.

⁸ El caso no era infrecuente, como atestigua R. PIKE, *Enterprise and Adventure*, p. 3. Pero contra la impresión dada por este libro, el abordaje de dicho aspecto por Mateo Alemán apunta a cierta suspicacia colectiva hacia tales enlaces entre nobles y mercaderes, en todo acorde con lo observado por Domínguez Ortiz acerca del particular (*Orto y ocaso de Sevilla*, p. 87). Pero el testimonio en esto decisivo viene por vía del mismo Tamariz, cuya *Novela del ynuuidioso* versa precisamente sobre el caso de un joven caballero sevillano, al que un tío suyo persuade, por vil interés, a que se despose con la hija de un mercader: «Y el suegro mercader no despreciase, / pues la falta de no ser caballero / la suple con la sobra del dinero» (CRISTÓBAL DE TAMARIZ, *Novelas en verso*, p. 95).

⁹ MORET, *Aspects de la société marchande de Séville*, p. 102. Alemán no puede ser más exacto al historiar el colmo de infortunio supuesto por el naufragio y muerte de los hermanos al regresar de la carrera de Indias «con suma de oro y plata, cuando ya llegaban a vista de la barra de Sanlúcar y, como dicen, dentro de las puertas de su casa». Sobre el peligro de aquella temible «barra de Sanlúcar», DOMÍNGUEZ ORTIZ, *Orto y ocaso de Sevilla*, p. 137.

Viene ahora un punto muy grave. Dorotea había ingresado para su educación en cierto convento (es de creer que aristocrático) donde se revelara como suprema en el arte del bordado, rama entonces legítima del arte de la pintura¹⁰. Y a la vez, su verdadera vocación no es otra que la vida del claustro. Pero le han venido malos tiempos, con cese para ella de todos los halagos y la disyuntiva brutal de salir del convento si no puede aportar una dote. No es imposición de las buenas monjas, sino de cierto prelado para quien nada significa, no ya la situación desesperada de la huérfana, sino su «recogimiento, mortificación, ayunos y penitencias». El único recurso decente es para ella irse a vivir en compañía de una semi-comunidad de beatas, que ganan un sustento estrechísimo con recato y honestidad, pero en estado no exento de sospechas ni en goce de reconocimiento y protección eclesiástica. Es éste de las *beatas* un desvalido grupo social, un limbo que no es religioso ni seglar y acumula los inconvenientes de ambos, sin nada de sus ventajas. Mujeres expuestas a toda clase de peligros, pues, como dice el *Aviso de gente recogida* (1585) de Diego López de Valdivia, «ni todas, aunque quieran, se pueden bien casar», y para muchas de las cuales «la sensualidad se torna fiera leona¹¹». No es así de extrañar, como hoy se reconoce, que no pocas beatas terminasen en un vuelco a la picaresca, que es en lo que vino a parar Dorotea.

Constituye todo este primer acto un perfecto análisis sociológico, al que un novelista del siglo XIX habría sacado sus buenas cien páginas. Mateo Alemán conoce el paño de su ciudad natal, cuya idolatría del valor económico no se detiene ante lo más sagrado. En realidad, une su voz al clamor de la época contra esa odiosa rigidez en materia de dotes conventua-

¹⁰ Véase I. TURMO, *Bordados y bordadores sevillanos (siglos XVI y XVII)* (Sevilla, Laboratorio de Arte, 1955). Dorotea «era tan diestra en labor, así blanca como bordados, matizaba con tanta perfección y curiosidad, que por toda la ciudad corría su nombre». Por razón de dichas habilidades fue preciso recurrir a la huérfana cuando «el arzobispo de aquella ciudad tuvo deseo de mandar hacer algunas cosas de curiosidad, hijuelas y corporales matizados». Se refiere aquí al llamado punto «de matiz», tenido como sumo en el arte de la aguja por el exquisito efecto pictórico que con él conseguían los mejores maestros (Ibid., p. 10).

¹¹ A. HUERGA, «De la 'beata' y del 'hidalgo' (sobre una posible fuente de Cervantes)», en *Cervantes. Su obra y su mundo. Actas del I congreso internacional sobre Cervantes* (Madrid, Edi-6, 1981), pp. 202 y 203. Dicha proliferación de las beatas (en el fondo un fenómeno de beguinitismo) representa, de nuevo, uno de los rasgos más destacados de la sociología religiosa española en la segunda mitad del siglo XVI. Preocupados por su diversidad y excesivo número, así como por los visibles extravíos de algunas de aquéllas, los inquisidores sevillanos rindieron, en diciembre de 1575, un minucioso informe sobre el fenómeno de las beatas en la ciudad, según el mismo A. Huerga, «La picaresca de las beatas», en *La picaresca. Orígenes, textos y estructuras, Actas del I congreso internacional sobre la picaresca* (Madrid, Fundación Universitaria Española 1979), pp. 141-148. Solamente en Baeza llegaron a existir dos mil de ellas y, en general, su número culmina hacia fines del siglo «cuando se acentúa el pesimismo nacional, pesimismo que se manifiesta con peculiar ímpetu 'evasivo' en las áreas sensibles del mundo del espíritu» (Ibid., p. 143).

les. Fray Luis de León¹² condena como simoníacas tales exigencias y las Cortes castellanas de 1586¹³ han protestado también contra el mismo abuso. Para Santa Teresa se trataba de la clase de ultraje a una caridad elemental que jamás entraría en sus «palomarcitos¹⁴». Y el caso aquí supuesto es también un ejemplo de lo que ocurre cuando una especie de machismo frailuno mediatiza el autogobierno de los conventos de monjas, motivo causante de un estallido precisamente dentro de la Descalcez carmelita, en la época de 1590¹⁵. En conjunto, cabe decir que la desdichada historia de Dorotea se rodea en este aspecto muy contra el espíritu y aun la letra de Santa Teresa.

Pero, al mismo tiempo, sería erróneo ver aquí una simple condena de corruptelas al uso o de estructuras mentales de signo burgués o preburgués. Porque, fuera de cualquier plano de ese orden, hay también mucho

¹² «Ex hoc colligitur esse alienum a ratione et illicitum id quod fieri solet in monasteriis monialium, scilicet, ut quando monasteria sunt opulenta, tanto exigant maiores dotes pro eis quae moniales fiunt. Cum contra potius esset faciendum, ut talia monasteria minores dotes exigerent quamquam hoc potest aliquo modo excusari et colorari ista ratione, quod in huiusmodi monasteriis opulentis moniales ipsa faciunt maiores sumptus, hoc est monialibus ipsis tribuitur plus victus ac cultus a monasterio» (C. P. Thompson, «The Lost Works of Luis de León: I 'De Simonia' », *Bulletin of Hispanic Studies*, 58, 1980, 99).

¹³ «Las dotes y propinas, bestidos y axuares y colaciones que llevan, y otros gastos que hacen en los monasterios las que quieren ser religiosas, son tan excesivos que por no se poder pagar, son muchas más las que dexan de gozar del fruto de la religión, a que se inclinaban, que las que se meten monjas, y la libertad que los sacros Cánones aman, para que cada qual, sin impedimento, execute cerca desto sus buenas inspiraciones, por esta vía se defrauda y quita, y si algunas tienen posibilidad para tan excesivas costas, o del todo carecen de voluntad de tan santo estado, o fácilmente lo mudan; porque lo que para esto es necesario, eso mismo basta para poderse casar, o a lo menos para comprar renta para vivir con mediano gusto en el siglo, en el qual, quedando las unas y las otras, especialmente las pobres, y sin remedio compelidas de la necesidad, quedan con tanto peligro de ofender a Dios, como la experiencia lo ha mostrado y muestra cada día; además de que desta manera, mandando, como manda el santo Concilio de Trento, que no se reciban más monjas de las que de la renta y limosna ordinaria se pudieran sustentar, van contra ello, pues no tienen consideración a la renta y limosna del convento, sino a la mucha dote y hazienda que cada una ha de llevar, y en todo van contra la voluntad de muchos fundadores, que es claro fue ordinariamente dar el remedio a las pobres doncellas necesitadas dél, y no quedar hazienda para adquirir haciendas, ni casas para amontonar riquezas» (*Actas de las Cortes de Castilla* [Madrid: Real Academia de la Historia, 1885], IX, pp. 436-437).

¹⁴ «Nunca dejéis de recibir las que vinieren a ser monjas (como os contenten sus deseos y talentos y que no sea por sólo remediar, sino por servir a Dios con más perfección), porque no tenga bienes de fortuna, si los tiene de virtudes» (*Fundaciones*, 27, 12). «Crea, padre mío, que es un deleite para mí cada vez que tomo alguna que no trae nada sino que se toma sólo por Dios» (*Epistolario*, 28 febrero 1574). En su primera fundación de San José de Avila «se remediaron cuatro huérfanas pobres —porque no se tomaban con dote— y grandes siervas de Dios» (*Vida*, 36, 6).

¹⁵ Para un resumen acerca de tal conflicto desde el punto de vista de San Juan de la Cruz, a quién afectó tan dolorosamente, CRISÓGONO DE JESÚS y MATÍAS DEL NIÑO JESÚS, *Vida y obras de San Juan de la Cruz* (Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1973), pp. 304 y ss. Sobre la resistencia opuesta por las monjas más allegadas en vida a Santa Teresa, I. MORIONES, *Ana de Jesús y la herencia teresiana* (Roma, Edizioni del Teresianum, 1968).

más. La crítica de la Iglesia, entendida como fracaso histórico del cristianismo, es una de las amargas convicciones de base legadas por el *Lazarillo de Tormes* a la visión picaresca. Mateo Alemán ha dado, dentro de ella, una fuerte consistencia temática al rechazo material del desvalido, como cuando Guzmán, al comienzo de su periplo por la vida, apenas si puede terminar su oración, porque lo echan de la ermita de San Lázaro, en las mismas afueras de Sevilla, al llegar la hora del cierre¹⁶. Las puertas de la Iglesia se cierran también brutalmente para la huérfana, en aquella opulenta ciudad. Pero claro que esta clase de golpes no se sufren en vano: el mundo y la vida entera adquieren entonces una nueva coloración. Y el universo moral de la víctima queda irremediabilmente en ruinas, visibles o no. Aquí es donde pretende traernos todo este desarrollo preliminar.

Comienza el segundo acto, que podría llamarse *de Bonifacio*. Presentación, una vez más, de personaje con su definición socioeconómica auestas. Ahora un joven artesano, recién establecido en una actividad suntuaria y acompañada, sobre poco más o menos, con la alta vida eclesiástica de la ciudad. Conste que no es ningún monstruo, sino «un mancebo de muy buena gracia y talle», además de lo que hoy diríamos un perfecto buen chico. Se halla destinado a enamorarse de Dorotea, que llega a su tienda de batihaja para proveer de hilo de oro para las labores que le encarga el arzobispo, y quien desde el primer momento ve no una tentación, sino una esposa ideal. Le cautivan «la hermosura y compostura de la doncella, su habla, su honestidad y vergüenza». La empresa no se pinta fácil, porque tal y «tan grande riqueza» (no en vano destinada a Dios) sabe muy bien que nunca vendría a sus manos en un giro natural de las cosas, «hallándose siempre indigno de tanto bien como lo fuera para él poder alcanzarla por esposa». Como se trata de un joven irreprochable, aunque «en todo se conocía inferior», no deja de poner su negocio en las manos del Todopoderoso, que favorece los honestos pensamientos «y sabe acomodar con sola su voluntad las cosas de su servicio, representándole siempre, que no era otro su deseo que hallar compañera con quien mejor poderle servir, en especial aquella tan virtuosa y de su gusto, empero que así lo hiciese como mejor conviniera a su servicio». Pero, con el mazo dando, lo que le hace abrigar firmes esperanzas es el ser Dorotea «doncella

¹⁶ La importancia de tal incidente ha escapado a la atención de la crítica, con la única excepción de C. B. JOHNSON, «Dios y buenas gentes en el 'Guzmán de Alfarache';», *Romanische Forschungen*, 84 (1972), 533-563. Será preciso distinguir aquí cómo no se trata, con todo, de que «Dios rechaza a Guzmán simbólicamente» (p. 555), pues claramente son unos hombres sin espíritu quienes lo hacen salir del templo. Frente a todo esto, complace recordar la bella advocación de cierta ermita gallega, dedicada a «Nosa Señora das Portas Abertas» (R. OTERO PEDRAYO, «Algunas informaciones sobre creencias del agro gallego sobre la muerte y el más allá», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 32 [1976], 407).

pobre». Su enamoramiento no le veda calcular, sin equivocarse, «que la mucha pobreza y discreción le harían por ventura fuerza, para que sólo mirando a su soledad y remedio, pospusiese pundonores vanos». No hay ilusiones de otra clase y su estrategia de cortejante consiste en sacar partido de la indigencia sin salida de la amada. Claro que procederá siempre dentro de la máxima respetabilidad, persuadiendo de la relativa ventaja de tal arreglo a la mayor y más grave de las «doncellas religiosas». Y ésta se encarga de ir «labrando» a Dorotea: una imagen agresiva y dolorosa, que supone el clavar en ella la idea, puntada a puntada, cual si de otra labor de aguja se tratara. La joven quedó, como no podía ser menos, convencida. Pero, se nos dice, convencida «de razón». No se hable aquí de sentimientos.

Y se hizo, claro está, el desposorio con gusto de todos, pero «mayor el de Bonifacio», contentísimo de un lance que, a fuer de su oficio, no atina a formular sino como excelente negocio, comparándolo con una «joya» adquirida a bajo precio, «pues ya tenía mujer como la deseaba, en condición y de mayor calidad que merecía». Óptima garantía de vida dulce y sosegada, pues como se sabe no hay como una esposa perfecta para vivir en adelante a cubierto de sobresaltos, «seguro y honrado». Pero quién dudará que es todo una verdadera pintura del egoísmo en triunfo. La conducta de Bonifacio no por timorata y convencional deja de hallarse guiada en todo momento por el único norte de su propio interés. Un fino amante y un perfecto cristiano nunca habrían ido contra la expresa vocación de ella y la hubieran devuelto a Dios, como a costa de su vida hizo, ejemplarmente, el enamorado portugués Sosa Coitiño del *Persiles*. Pero esta última es una novela muy distinta del *Guzmán de Alfarache*, como todo el mundo sabe.

Por fuera todo irá bien por algún tiempo. «Vivían contentos, muy regalados y sobre todo satisfechos del casto y verdadero amor que cada cual de ellos para el otro sentía». El matrimonio queda preso en una burbuja de mediocre felicidad, marcada por la ausencia de problemas materiales y una relativa prosperidad económica, que lo acercan a una arquetípica beatitud pequeño-burguesa. Vida simple y estable, en una minúscula casita sevillana, determinante de un reparto de actividades que hace de la pareja una perfecta unidad de producción, si ya no un matrimonio ideal. Bonifacio trabaja en su tiendecita-taller del piso bajo. Dorotea labra sus inigualables bordados, escaleras arriba, con los hilos que fabrica su marido¹⁷. Y escucha, hora tras hora y día tras día, el tactac del martillito con que el batihaja va adelgazando sus panes de oro.

¹⁷ El cuadro en esto por Mateo Alemán resulta exacto como reflejo socioeconómico de época, además de hallarse en confluencia virtual con los asertos doctrinales de la más pura mentalidad bur-

Pero no todo es tan halagüeño en el fondo de este cuadro, entre murillesco y precozmente azoriniano. El hogar se alza sobre cimientos precarios y pronto se dirá también de su amenaza exterior. La casa se halla estrechada por un cerco de codiciosa lujuria, al olor de la que se trasluce como bella malmaridada. Desde otro edificio más alto, la vida conyugal es «señoreada» por la mirada lasciva del teniente. «Y tanto, que su esposo ni ella podían casi vestirse ni acostarse sin ser vistos». El acecho del teniente *voyeur* y su mirada violadora de la intimidad destruyen el valor de la casa como santuario, hacen de ella una anti-casa¹⁸, y son como el gusano que agujerea un fruto podrido.

«Casto y verdadero amor». ¿Hace burla Mateo Alemán de sus personajes, de los lectores o de sí mismo? ¿Será preciso dar a cada una de sus palabras un valor «anagógico», como propone un moderno crítico?¹⁹ No al menos en este caso, porque aquella definición funciona como una

guesa. «In these classes at any period of pre-industrial society, husband, wife and children tended to form a single economic unit, like the crew of a ship, in which the role of the wife was critical... If there was a cottage industry, she was in charge of spinning the yarn, knitting, glove-stitching and lace-making,» por lo cual «regardless of the current legal or moral theories, and regardless of how her husband treated her in terms of status or deference, she was at least an important asset» (L. STONE, *The Family, Sex and Marriage in England 1500-1800* [Londres, Harper and Row, 1977], pp. 199 y 200). Para el mismo fenómeno en Francia, L. ABENSOUR, *La Femme et le féminisme avant la Révolution* (Paris, E. Leroux, 1923), «Petite bourgeoisie» (pp. 171-177). Sobre el concepto puritano de *sharing* toda suerte de deberes entre los cónyuges y su proyección funcional en *Paradise Lost*, L. L. SCHÜCKING, *The Puritan Family. A Social Study from the Literary Sources* (Londres, Routledge and K. Paul, 1969), pp. 37-44 y 105-108. Las ordenanzas gremiales sevillanas, por su parte, prevén la incorporación activa de las mujeres a la tarea mercantil en caso de viudez (S. MONTOTO, *Sevilla en el Imperio* [Sevilla, 1938], p. 136). El matrimonio de Bonifacio es sólo atípico en partir del enamoramiento o, más bien, codicia erótica de éste, sin ningún cálculo interesado en materia de dote (R. PIKE, *Aristocrats and Traders*, p. 140). No por ello deja de resultar, sin embargo, una excelente decisión en el terreno económico.

¹⁸ Sobre la casa como un *cosmos* y un estado de ánimo, además de proyección metafórica de la más resguardada intimidad, G. Bachelard, *La Poétique de l'espace* (Paris, Presses Universitaires, 1957), pp. 24, 26, 77. En el mismo sentido, K. A. RABUZZI, *The Sacred and the Feminine* (Nueva York, The Seabury Press, 1982), cc. «Home as a sacred space» y «Home as a symbol». Sobre la casa como metáfora del cuerpo humano, «especially the female, maternal body», *House*, en A. DE VRIES, *Dictionary of Symbols and Imagery* (Amsterdam-Londres, North Holland, 1974). Habitual simbolismo somático en los sueños, donde «windows, doors and gates stood for openings in the body» (*Introductory Lectures on Psycho-Analysis*, Standard Edition of the Complete Psychological Works of S. FREUD [Londres: Hogarth Press, 1963], XV, pp. 153 y 159). La perversion del concepto *casas-casados* en la novela no marcha sino del todo acorde con una clara tendencia general del *Guzmán de Alfarache*: «Personajes, objetos, casas, ordenanzas, todo es falso en este universo de lo falso» (A. DEL MONTE, *Itinerario de la novela picaresca española* [Barcelona: Editorial Lumen, 1971], p. 89). Por lo demás, el proceder del teniente *voyeur* se halla anticipado en la *Novela de los vandos de Badajós* del mismo Cristóbal de Tamariz: «En esta mesma calle, muy frontero / de do la casa de la dama estatua, / viuía a la sasón un caballero / que Alberto de la Fuente se llamaua, / el qual la casa della por entero / desde un alto balcón señoreaba, / que aun desde allí podía descubrirse / la dama al desnudarse y al vestirse» (*Novelas en verso*, 309, p. 169).

¹⁹ G. MANCINI, «Consideraciones sobre «Ozmín y Daraja», narración interpolada», *Prohemio*, 2 (1971), p. 426.

lexia perfectamente comprensible en un contexto de época. Ese amor *verdadero y casto* no es sino el que idealmente debe imperar en un buen matrimonio cristiano. Pertenece en cuanto tal al *ordo caritatis* entre los cónyuges, toma como modelo al de Cristo y la Iglesia y condena como pecaminosa toda «exuberancia» sensual. Con el sexo sólo se transige por cumplir con la procreación y a título de una más entre las *onera matrimonii*. Sacramento e institución, el matrimonio sirve primero a Dios y a la sociedad, sin tener por qué mirar al gusto o felicidad personal de los casados²⁰. La «satisfacción» que cabe gozar en este dichoso estado se mide por valores puramente espirituales y se halla muy lejos de significar, a nuestro modo de hoy, un equilibrio sentimental o el aquietamiento de los sentidos. El mejor ejemplo posible vendría dado por Lope de Vega en su tratamiento del matrimonio de San Isidro Labrador con María de la Cabeza. Seres tan perfectos se separan en cuanto tienen un hijo para hacer en adelante vida de castidad y en la noche de bodas, según la comedia *La juventud de San Isidro* (1622), tras darse mutuamente toda suerte de buenos consejos, se dedican a componer un altarcito. Incluso Erasmo²¹ y muy es-

²⁰ Véanse los datos y sistematización de CH. B. PARIS, *Marriage in XVIIth Century Catholicism* (París-Montreal, Desclée-Bellarmin, 1975). Desconfianza o *Sprachtabu* de la palabra *amor* (p. 111), reservada para la esfera de lo religioso; el marido prudente no amará a su esposa «avec une desreglée affection» (p. 111); preferible la ignorancia sexual en los cónyuges (p. 118); condena de toda «exuberancia» en el uso del matrimonio (p. 142). «There was little thought of the wife as a person, as an object of love for her own sake and for the virtues and graces that nature bestowed upon her» (pp. 117-118). Ideas similares recoge en España el jesuita Tomás Sánchez, con su monumental (e increíble) *De Sancto Matrimonii Sacramento* (1602), de muy amplia y duradera influencia en todo el orbe católico. Un concepto similar, si ya no más radical, impera asimismo en la coetánea teología protestante (Stone, *The Family, Sex and Marriage*, pp. 498 y ss.). Por ello una persona tan bien pensante como Felipe II, según su biógrafo y loador Luis Cabrera de Córdoba, «tuvo a sus mujeres solamente en la estimación que les concede el dar sucesores» (cit. por C. Pérez Bustamante, *Felipe III* [Madrid: Real Academia de la Historia, 1950], p. 13).

²¹ La actitud de Erasmo hacia la sexualidad en el matrimonio experimentó una evolución estudiada por E. V. Telle, *Erasmus et le septième sacrement* (Ginebra, 1954). Pasó así desde un tradicional puritanismo agustiniano, todavía visible en el *Enchiridion* (1504), hasta una franca rehabilitación del instinto, que empieza a manifestarse en el *Encomium matrimonii* (1518, pero redactado en fecha anterior según Telle), con el argumento de ser inhumano y propio de una piedra el rehusarse al placer sexual. En la traducción libre del humanista Juan de Molina: «Todos los animales brutos de sólo el natural instinto ayudados obedecen y aman esta conservación. El hombre, pues, que con la razón muy mejor determina esta obligación, mire cuánto será más digno de reprehensión si a manera de los gigantes quiere pelear contra naturaleza» (F. LÓPEZ ESTRADA, «Textos para el estudio de la espiritualidad renacentista: el opúsculo «Sermón en loor del matrimonio» de JUAN DE MOLINA [Valencia, por JORGE COSTILLA, 1528],» *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 61, 1955, p. 519). Erasmo volvió a expresiones más morigeradas en su *Institutio Christiani Matrimonii* (1526), no sin dar así margen a posibles confusiones en quienes no hubieran seguido de cerca dichas oscilaciones de criterio. No se da la misma evolución ni latitud en el caso de Luis Vives, cuya *Institutio foeminae christianae* (1523) recomienda la castidad a las casadas en términos que bordean el ridículo.

pecialmente Vives, al renovar el concepto del matrimonio cristiano, más bien reforzaron en este aspecto las ideas heredadas de la Patrística y teólogos medievales. Cervantes, como sabemos, se rebelaba contra tano irrealismo²². Pero el caso es que el mismo Lope, cuando pasaba de la clave de comedia de santos a la categoría, por definición problemática, de una novela como *La prudente venganza* (1624), se dejaba de prédicas y tapujos para afirmar, conforme a su amplia experiencia en la materia, que «el casado ha de servir dos plazas, la de marido y la de galán, para cumplir con la obligación y tener segura la campaña»²³. Ni San Isidro habría salido, pues, airoso de la prueba, una vez trasladado a este otro plano literario. Y Bonifacio, que no fue *galán* ni aun antes de casarse, menos aún iba a serlo después.

En tales circunstancias ha de surgir, inevitablemente, la crisis. La primera consecuencia del matrimonio aceptado, pero no deseado, es para Dorotea el despertar a toda la urgencia del sexo. El demonio comienza a «inquietarla» con la atención manifiesta de «mancebos galanes, discretos, olorosos y pulidos», gente rica y principal que son justo lo que no será nunca su prosaico esposo el batihaja. No dan tregua, además, para hacerse presentes «en las visitas, en misa, en sermón, en las mayores devociones, en la comunión», conforme a la realidad contemporánea de la galantería en el templo y al derrumbamiento moral de la frustrada monja. Vanamente huyendo del peligro, sólo puede ésta acogerse al vulnerable refugio del hogar que sabemos socavado desde dentro y desde fuera. Entre aquellas paredes doblemente claustrofóbicas, la tentación se nutre como es natural de sí misma y el dique autorrepresivo se halla condenado a ceder, porque bajo esta estrategia mecánica las fuerzas humanas tienen un cercano límite. En realidad, Mateo Alemán proyecta a través de Dorotea algo parecido al aforismo *ubi irritatio, ibi fluxus*, aplicado por el médico de *La Regenta* a un caso bastante similar. Sólo que, carente desde el principio de inclinación al matrimonio, la tentación de Dorotea no será, como la de Ana Ozores, el amor romántico, sino la simple aventura sexual.

²² Para la crítica del concepto del matrimonio e implícito reconocimiento del erotismo femenino en la novela de Dorotea y don Fernando del *Quijote*, F. MÁRQUEZ VILLANUEVA, «Amantes en Sierra Morena», *Personajes y temas del Quijote* (Madrid, Taurus, 1975), pp. 68 y ss. Para otros problemas de base, A. CASTRO, *El pensamiento de Cervantes* (Barcelona-Madrid, Noguer, 1972), pp. 365 y ss. También la discusión de las ideas de A. CASTRO por M. BATAILLON, «Cervantes y el "matrimonio cristiano"», *Varia lección de clásicos españoles* (Madrid, Gredos, 1964), 238-255. La cuestión de Erasmo y el concepto del matrimonio en Cervantes es eruditamente replanteada (en sentido favorable a la que llamaríamos cara «liberal» del Roterodamo) por A. K. FORCIONE, «Cervantes's "La Gitanilla" as Erasmusian Romance», *Cervantes and the Humanist Vision* (Princeton, Princeton Un. Press, 1982). No será posible discutir su afirmación: «Erasmus was both the spokesman for the aspirations of the new bourgeoisie and its educator» (ibid., p. 98).

²³ *Novelas a Marcia Leonarda*, ed. F. RICO (Madrid, Alianza Editorial, 1968), p. 128.

El segmento narrativo que ahora sigue se centra igualmente en torno a un personaje de relieve también primordial, esta vez la astuta esclava Sabina, que actúa como tercera en favor del más decidido de los galanes, un joven burgalés²⁴ llamado Claudio. Aunque se la presenta como diestra hechicera, nunca parece estimar el caso tan arduo como para justificar su recurso a esa clase de malas artes. Sin duda se halla persuadida de que una mujer puesta en tal situación habrá de caer en sus redes sin necesidad de recurrir a dientes de ahorcado ni otras inmundicias del mismo jaez. Nunca se verá, por tanto, a Sabina servirse de otras armas que su conocimiento de la naturaleza y pasiones humanas. Sin magia ni brujería, su poder tiene el mismo origen que el del *Príncipe* de Maquiavelo²⁵.

Entender la novela de *Bonifacio y Dorotea* supone, a partir de ahora, el descifrar un lenguaje de acciones y palabras que, ciertamente, no ofrecía mayor dificultad para un contemporáneo familiarizado con los convencionalismos literarios del momento. Sabina, dice el narrador, planeó esta vez su estrategia como si se tratara de una estricta partida de ajedrez y para ello comenzó por mover con toda deliberación «el peón de punta». Y esta decisiva jugada inicial reviste una apariencia inocente, pues consiste nada más que en ir a Bonifacio con el pretexto de comprarle dos libras de oro, como enviada de cierto convento de monjas, y regalarle un hermoso ramo de flores: «Y componiendo un cestillo de verdes coholllos de arrayán, cidro y naranjo, adornándolo de alhaelies, jazmines, huncos, mosquetes y otras flores, compuestas con mucha curiosidad, lo llevó a el batihoja». Pero es un paso atrevido y un motivo central, porque semejante estallido de colores y aromas, imagen abreviada del Paraíso²⁶, vale como

²⁴ Dada la abrumadora presencia de la «nación» burgalesa en el comercio sevillano, es sin duda un modo de presentarlo como el típico forastero dedicado a actividades mercantiles (M. BASAS FERNÁNDEZ, «Mercaderes burgaleses en la Sevilla del siglo XVI», *Boletín de la Institución Fernán González*, 44, 1965, 483-502). Su homólogo en Masuccio es «un giovinetto fiorentino, non meno astuto e praticco che piacevole e bello, quale in Vinecia, o per sé o per altri, grandissimo traficche aveva» (ed. cit., p. 300). En Tamariz se trata también de «un mercader mancebo y estrangero» (ed. cit., p. 293). La profesión mercantil del amante y el ambiente «burgués» del cuento se mantiene así desde *Auberée* y *Engannos e asayamientos* hasta el mismo Mateo Alemán. El *fabliau* tomó el camino de presentar al amante como mercader por no mostrar a un caballero en la baja moral de recurrir a la alcahueta, como observa P. Nykrog, *Les fabliaux* (Ginebra, Droz, 1973), p. 114. Sobre todo, hoy sabemos, por el uso que Mateo Alemán hizo del satírico *Diálogo entre Laim Calvo y Nuño Raswra*, del aborrecimiento de éste hacia los burgaleses avecindados en Sevilla, en cuanto paradigmas de advenedizos conversos socialmente encaramados (C. B. JOHNSON, «Mateo Alemán y sus fuentes literarias», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 28, 1979, 361-374).

²⁵ El estudio de las pasiones humanas, consideradas como palancas del poder, ha sido en esta época uno de los más claros sellos del maquiavelismo de escuela (A. STEGMAN, «Le mot *politique* et ses implications dans la littérature européenne du début du XVII, siècle», *Cahiers de Lexicologie*, 13, 1968, 33-48). Sobre la misma idea en nuestro Alamos de Barrientos, J. A. MARAVALL, *Los orígenes del pensamiento político español del siglo XVII* (Granada, Universidad de Granada, 1947), p. 43.

²⁶ Fina observación de B. BRANCAFORTE, *Guzmán de Alfarache: ¿Conversión o proceso de degradación?* (Madison, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1980), p. 191.

un himno a la sensualidad. Las flores, explica Freud,²⁷ simbolizan los goces sexuales, y de ahí su papel en los ritos de cortejo. Naturalmente, no es cosa de zanjar la cuestión a base de tan anacrónica autoridad. Pero es que esto se ha sabido siempre, y el *Roman de la Rose* de Jean de Meun bascula también en el momento en que la Vieja²⁸ pone en las manos hasta entonces indecisas de Bel Accueil la corona de flores del amante. Se trataba de un verdadero símbolo parlante en todos los niveles de la expresión literaria de la época²⁹, así como de la inocografía, que coronaba de cortesanas con los atributos de la diosa Flora³⁰ (por lo mismo, pasar de

²⁷ «It may perhaps be true in general that gifts of flowers between lovers have this unconscious meaning» (*The Interpretation of Dreams*, Standard Edition, 1958, IV, pp. 376). Jardines, capullos y flores como símbolos de genita femenino, *Introductory Lectures on Psychoanalysis*, pp. 158).

²⁸ «Or vous lo ce chapel a prendre,/ Don les fleurs eulent meauz que basme./ Par fei, j'en craindraie avoir blasme»./ Fait Bel Accueil, qui touz fremist,/ E tremble e tressaut e gemist,/ Rougist, palist, pert contenance./ E la vieille es poinz le li lance,/ E li veaut faire a force prendre,/ Car cil n'i osait la main tendre,/ Ainz dist, pour sei meauz escuser,/ Que meauz le li vient refuser» (vv. 12676-12688). No menos trasparente el simbolismo de *Floire et Blanchefleur*, con la clandestina llegada del amante, oculto en un gran canasto de flores.

²⁹ «The wreath of flowers is a symbol of love in various literary pieces, as well as in folk poetry» (M. S. CARRASCO URGOITI, *The Moorish Novel* [Boston, Twayne, 1976], pp. 70). Así en el *Abencerraje* (escena del jardín) y en la calumnia de adulterio en *Guerras civiles de Granada*: «De allí a una gran pieza vimos salir Abinhamad muy de espacio, disimulado, dando vueltas por la huerta, cogiendo rosas blancas y rojas, y dellas hizo una guirnalda y se la puso en la cabeza» (ed. S. M. Bryant [Delaware, Juan de la Cuesta, 1982], pp. 171). «Hazme, niña, un ramillete/ de flores de tu xardin,/ y átale con tus cauellos, / como me has atado a mí» (R. FOULCHÉ DELBOSC, «Cancionerillos de la biblioteca Brancacciana», *Revue Hispanique*, 65, 1925, pp. 353). Simbolismo adicional del color: «Mas procura entre las flores,/ que de algún fruto mezcladas,/ de sus manos a tus sienes/ con licencia della vayan,/ pues siendo mártir de amor/ será ofensa declarada,/ si por virgen te corona/ en blanco con flores blancas» (LUIS FERRER DE CARDONA, «Romance a un galán que cogía flores para una guirnalda que le hacía su dama», *Cancionero de la Academia de los Nocturnos de Valencia*, ed. F. Martí Grajales [Valencia, 1912], IV, pp. 138). Sobre la abundancia de flores en la corte del dios Amor de los debates medievales, CH. OULMONT, *Les débats du clerc et du chevalier dans la littérature du moyen âge* (Ginebra, Slatkine Reprints, 1974. Original, 1911), pp. 131-132. Por todo ello la literatura medieval (Chaucer) ha considerado a veces pecaminoso el mero deleite en jardines floridos (P. B. R. Doob, *Nebuchadnezzar's Children: Conventions of Madness in Middle English Literature* [New Haven, 1974], pp. 175). Pasando a autores cultos, es de notar en especial la afición de Lope a la asimilación de flores y sensualidad. Así en *La Dorotea* (II, V) don Bela se asegura de los servicios como cortesana de ésta regalándole, intencionada y destacadamente, una rica tela de primavera, como llamaban a la cuajada de pequeñas flores. Don Fadrique, en *Peribáñez*, ordena al pintor que le retrate a Casilda como «un prado ameno/ todo cubierto de flores» (I, XXII). Simbolismo muy vivo también en Góngora, como: «un dulce lascivo enjambre/ de hijuelos de la Diosa,/ vertiendo nubes de flores/ jazmines llueven y rosas» (*Romances*, ed. A. Carreño [Madrid, Cátedra, 1982], pp. 314). Esto cuando no incide en pura obscenidad: «Que es capullo para unos/ lo que es borla para otros» (*Romances*, pp. 350). Múltiples ejemplos aplicables en J. M. BLECUA, *Las flores en la poesía española* (Madrid, Editorial Hispánica, 1944). Ejemplos de vigencia moderna, V. MASSON DE GÓMEZ, «Las flores como símbolos eróticos en la poesía de Jorge Isaacs», *Thesaurus*, 28 (1973), 117-127. En relación con la conspicua presencia de los «alhaelies» en el cestillo de Sabina, sería interesante colacionar tanto el «entre uno y otro alhelí» de Góngora (*Romances*, pp. 354) como el «¡Oh encendido alhelí, flor rumorosa!» del *Diálogo entre Venus y Priapo* de Rafael Alberti (*Poesía* [Madrid, Aguilar, 1967], p. 471).

Vesta a Flora era para Lope³¹ una cosa harto específica). Con eufemística economía, el mismo Mateo Alemán ha presentado antes a los prometidos Ozmín y Daraja «gozando en algunas ocasiones algunas flores y honestos frutos del árbol de amor».

Tal como se calcula por la esclava, tras la entrega del oro a la compradora, el radiante cestillo es llevado por el mismo Bonifacio a su esposa, «poniéndoselo en las faldas con grande alegría, que no con menor fue recibido della». Dorotea dice recrearse en él por traerle a la memoria sus pasadas alegrías y juegos infantiles en el convento. Pero, confesado o no, hay un claro trasfondo erótico en esta ofrenda y en su buena acogida. La acción del marido, al depositar las flores sobre el regazo de ella, prolonga el desfile de imágenes sexuales iniciado por el cestillo. Este ha establecido así el patrón reinante en el episodio de alcahuetería, con la cooperación inconsciente o boba de Bonifacio y la pasiva complacencia de Dorotea. Al ir madurando la aventura, Sabina regalará al batihoja dos nuevos cestillos, que van a tomar el mismo camino y que contiene uno golosinas varias y el otro frutas tempranas³², mensajes por tanto en cifra nada oscura en relación con lo que está ocurriendo y cuanto allí se prepara.

El regalo inicial, aunado con cierto sentido erótico, se encuentra ya en la más antigua versión de la historia, si bien con un carácter rudimentario y prosaico. Masuccio hizo que la esclava obsequiara con una ensalada de hierbas escogidas por la supuesta abadesa en lo mejor del huerto conventual: «Certe delicate erbecciole, e ne composta una bella insalatuccia, se ne andò in casa de Iuliano³³». Sin duda el malicioso Tamariz captó mayo-

³⁰ J. S. HELD, «Flora, Goddess and Courtesan», *Essays in Honor of Erwin Panofsky* (New York, New York Un. Press, 1961), I, 201-218. *Couronne de fleurs*, 'attribut de la luxure', en G. de Terwarent, *Attributs et symboles dans l'art profane 1450-1600. Dictionnaire d'un langage perdu* (Ginebra, Droz, 1958). Venus, representada como cortesana, es reconocible también por una espesa corona de flores (E. WIND, *Pagan Mysteries in the Renaissance* New Haven, Yale Un. Press, 1958], p. 57). En Francia existió la costumbre de que las cortesanas ofrecieran ceremonialmente al rey un ramo de flores, llamado *renouveau* o *valentin* al llegar el mes de mayo (J. HERVEZ, *Ruffians et ribaudes au Moyen âge* [París, 1913], p. 30).

³¹ «Vesta fue, pero ya es Flora» (*La mejor enamorada la Magdalena*, Lope de Vega, *Obras dramáticas* [Madrid, Real Academia Española, 1916], II, pp. 30).

³² «The breast must be reckoned with the genitals, and these, like the larger hemispheres of the female body, are represented by *apples, peaches* and fruit in general» (S. FREUD, *Introductory Lectures on Psycho-Analysis*, p. 156). Ejemplos de Uhland y Goethe aducidos en *The Interpretation of Dreams*, p. 287. «In dreams sweet things and sweetmeats stand regularly for caresses or sexual gratifications» (S. FREUD, *From the History of an Infantile Neurosis*, Standar Edition, 1955, XVII, p. 107). No será preciso recordar el «que me hizo gana/ la fruta temprana» de la serranilla del Marqués. Sobre las frutas como atributos eróticos en la iconografía, D. DEVOTO, «Symbole et réalité. Variations sur un portrait par Van Dyck», *Revue de Littérature Comparée*, 49 (1975), 413-422.

³³ *Novellino*, p. 300. Sobre las connotaciones eróticas de las hierbas, A. CARREÑO, «Figuración

res posibilidades en el motivo cifrado de un ostentoso regalo floral, al que supo dar notable desarrollo:

772 Tenía el galán una esclauasa vieja,
 gran palabrera y trujamana fina.
 Con ella en este hecho se aconseja
 y obedecerla en todo determina.
 Ella sin más rodeos apareja,
 para llevar a casa de Justina,
 un canastico lleno de mil flores
 de las más olorosas y mejores.

773 De varios alhelies lo conpone,
 jasmynes y mosquetas olorosas,
 y a colores por orden lo dispone,
 entretegiendo coloradas rosas.
 Ramicos y otras flores también pone,
 que puesto que no huelen, son vistosas.
 Y sin que ofenda allí ni aun una hoja,
 se fue con ella a cas de el batihoja (p. 294).

El autor de la novelita rimada procedía con plena conciencia al introducir el motivo del florido presente. Por eso hace un guiño a sus lectores u oyentes cuando afirma de Justina algo que tal vez no pueda decirse, en cambio, de Dorotea:

Ella, sin entender de allí otra cosa,
 quedó en verlo y oirlo muy gozosa (p. 18).

Nótese que Tamariz sin duda concentró en este detalle buena parte de la gracia que habría que reír en su desenfadado relato y hacia el cual llamaba precisamente la atención con el título de *Novela de las flores*. Atraía así el interés hacia el mecanismo esencial de la intriga³⁴, con la misma lógica interna de ejemplos como *El abanico de Lady Windermere*.

Sabina diagnostica con clarividencia la oculta quiebra del matrimonio del batihoja y triunfa manipulándola para sus culpables fines. No necesita hacer mucho para que el agua corra casi por sí sola hacia su molino y por ello, contra la verdadera tradición y esencia del tema celestinesco, no corrompe ni en rigor engaña sino a quien no es capaz de oír ni de ver.

lirica y lúdica: el romance «Hortelano era Belardo» de Lope de Vega», *Hispanófila*, 76 (septiembre, 1982), 33-45.

³⁴ Sobre tales títulos, de abundante uso en el drama, CH. MONCELET, *Essai sur le titre en littérature et dans les arts* (Le Cendre, ed. Bof, 1972), p. 108.

No es culpa suya que Bonifacio sea tan bobamente crédulo y Dorotea una esposa aburrida y mal empleada. Su misión, en cuanto elemento narrativo, consiste en arrancar hojas de parra y proclamar la nuda verdad que allí se encierra. Por eso sus palabras de burla son cínica, pero exacta denuncia de todo lo inconfesable. Cuando Bonifacio la conduce en persona ante su mujer, ella se fingirá sorprendida por haberle creído hasta entonces un «solterón», proporcionando con ello un dato decisivo, pues este hombre no ha desarrollado nunca mentalidad de casado y la pobre Dorotea tiene sólo dueño, pero no esposo en el seno de su hogar estéril. Inofensivo y buenazo hasta las fronteras del ridículo, el bathoja en el fondo ha jugado sucio y la esclava le dirá en su cara «que es un traidor». Lo aplica, en giro de lo más cómico, a la improbable imaginación de ser «burlada» por él al pasar al interior de la casa. Pero aparte de que en este momento Bonifacio se halla traicionando *de facto* la santidad del matrimonio, pesa también el comentario de cómo no había sentido escrúpulo en «hacer fuerza» a Dorotea, aprovechándose de su mísera situación para casarse con ella.

Respecto a la misma Dorotea, las palabras de Sabina se cargan, al conocerla, de una franqueza brutal y de inconfundible signo erótico:

¿Cómo es posible no gozar mi señora de cosa tan buena? No; no ha de pasar así de aquí adelante, sin que con amistad muy estrecha se comuniquen. ¡Ay, Jesús, cuando yo le cuente a mi señora la abadesa lo que he visto, cuánta envidia me tendrá! Cuánto deseo le crecerá de gozar un venturoso día de tal cara. Por el siglo de la que acá me dejó... si no fuera alcahueta destes amores...

Desde luego, todo no es más que el artificio de «engañar con la verdad³⁵», de tan amplio curso en el teatro de la época, pero doblado también de lo que genialmente llamó Mateo Alemán «palabras januales con dos caras³⁶». El parlamento de Sabina actúa como un pliego en cifra, separador de necios y de discretos, así como establece un lenguaje de la complicidad, claramente orientado (igual que el ramo de flores) a comunicar con Dorotea y con el lector mediante un código de signos conve-

³⁵ G. T. NORTHUP, «The Rhetorical Device of Deceiving with the Truth», *Modern Philology*, 17 (1929-1930), 487-493. Alemán le era particularmente aficionado. Recuérdese, por ejemplo, cómo Ozmín asegura a don Rodrigo de su propia supuesta desazón ante la obstinada actitud religiosa de su amada: «... que creas cuánto deseo que Daraja siga en mi ley, a que con muchas veras, infinitas y diversas veces la tengo persuadida» (1.º, I, 8, p. 210).

³⁶ «Entre algunas cosas, que indiscretamente quiso reformar el rey don Alfonso, que llamaron el Sabio, a la naturaleza, fue una, culpándola de que no había hecho a los hombres con una ventana en el pecho, por donde pudiesen otros ver lo que se fabricaba en el corazón, si su trato era sencillo y sus palabras januales con dos caras» (2.º, I, 8, pp. 562-563).

nidos. Al proponer su proyecto de vacación conventual para la fiesta de San Juan vuelve la tercera al más inequívoco léxico erótico. Encarece así ante el matrimonio cómo su señora «desea como a la salvación, gozar aqueste paraíso» (con retorno implícito a la imagen floral), así como su propósito de «ganar aqueste corretaje, que mi señora la retoce». Los modos de decir no pueden ser más desgarrados, ni más impropios en su eventual aplicación a una respetable madre abadesa. La esclava termina: «¡Ay, cómo se ha de holgar con esta traidora!»

Llegado el momento, Bonifacio entregará por su mano a su esposa, a la puerta de su casa. Las anteriores palabras fueron tomadas a risa por la pareja y el marido aprobó contento la idea «sin ver la culebra que estaba entre la yerba», y ello es nueva prueba de su estolidez y predestinación. Pero la hispano-italiana, que sin duda es mujer muy fina, aparece gramaticalmente dissociada de aquella imagen y no se afirma que dejara, a su vez, de entrever también el reptil. Su entrada en la situación dialógica la muestra, por el contrario, en plena conciencia de comunicación con la esclava. Su respuesta a las desvergüenzas de la mensajera prolonga el mismo tipo de anfibología erótica, en clara reciprocidad: «¡Ay! calla Sabina. No hagáis burla de mí, que ya soy vieja».

Si se adujera que lo anterior se agota en un tono de festiva ligereza, no ocurre lo mismo con un previo y aún más significativo diálogo entre ambas mujeres. Sabina ha pedido tres libras de oro para los flecos de un frontal (la religión muestra en Sevilla una notable sed de oro), junto con la aprobación para la idea de que Dorotea vaya a pasar un fin de semana en el convento. El oro había de ser, por cierto, «de lo más cubierto y delgado» y de la misma manera habría que adjetivar asimismo la sutil respuesta de la dama:

A lo del oro respondió Dorotea: «Darélo de muy buena gana, que lo tengo en mi poder y también hiciera lo que mi señora la abadesa me manda; mas está en el de mi marido. Ya sabéis, hermana Sabina, que no soy mía. Mi dueño es el que os puede dar el sí o el no, conforme a su voluntad».

Estas lindas palabras, que parecen acreditar a la esposa modelo, apuntan a la vez, y más «janualmente» que nunca, hacia las realidades decisivas de la novela. Está Dorotea dispuesta a dar tanto el oro como su consentimiento para la aventura, pero recordando enfáticamente su situación de cosa poseída^{36bis}, traspasa la responsabilidad a manos del marido. Pue-

^{36bis} La respuesta de Dorotea recuerda bastante a otra inserta por Vives en su *Institutio foeminae christianae* (1523): «Una cierta mujer casada de Lacedemonia contestó a un mancebo que le pedía una

de aparecer como proceder ejemplar, pero es también un recurso habilitísimo al lenguaje de la convivencia. Dorotea otorga un asentimiento en realidad condicionado a la eficaz neutralización de su «dueño», que es lo que ha de correr a cargo de la diestra interlocutora.

En esta novela tan condicionada por el derecho de propiedad, tanto el oro como la esposa se hermanan en cuanto objetos de codiciable posesión, quedando así investido el primero de un valor temático y funcional. Porque la casa del batihoja se distingue por una desusada abundancia de este metal precioso, que entra y sale de ella en fuertes cantidades por razón de la manufactura que allí se ejerce. Pero hay también «oro» de muy otra clase, con la presencia de aquella mujer que el mismo Bonifacio consideró antes como «joya» adquirida a ventajoso precio. Oro constituía para Mateo Alemán un lexema de fácil captación por el área semántica del erotismo, y así en la novela, tan carnal, de *Dorido y Clorinia* se cuenta de su ardiente protagonista cómo «no dejaba Dorido de recibir contento por ser el verdadero crisol donde se afinaban sus amores». Porque este «oro» que Dorotea posee y entregaría de buena gana participa de la irradiación o transferencia semántica con que el lenguaje popular habla de *joya* y de

cosa fea: *De grado te la diera si me pidieses cosa mía; mas lo que pides fue de mi padre mientras fui doncella, y ahora, después que me casé, es de mi marido.* Donosa y aguda respuesta, a fe, y aviso prudente para las mujeres casadas» (*Obras completas*, trad. L. Riber [Madrid, Aguilar, 1947], I, p. 1077).

³⁷ Conexión ampliamente mencionada en las tesis de S. FREUD: «Another symbol of the female genitals which deserves mention is a *jewel-case* [Schmuckkastchen]. *Jewel and treasure* are used in waking life to describe someone who is loved» (*Introductory Lectures on Psycho-Analysis*, p. 156). El simbolismo del *joyero* (*jewel-case*) como sexo femenino en un caso práctico (*Fragment of an Analysis of a Case of Hysteria*, Standard Edition, 1953, VII, p. 77). Para la equiparación de los sexos *ajoyas*, *ibid.*, pp. 90-91. Sobre *diamante* como representación popular de «open female genitals», *Introductory Lectures on Psycho-Analysis*, pp. 218. Amplia discusión de cómo «metaphorical processes frequently connect the male genitalia and jewelry in popular speech and in literature», especialmente en relación con el grecismo *clitoris*: «gema» por R. SCHOLES, «Uncoding Mama: The Female Body as Texts», *Semiotics and Interpretation* (New Haven; Yale Un. Press, 1982), p. 130. Fáciles, pues, de entender, *jewelry*: «*female pudendum*» (L. V. BERREY and M. VAN DEN BARK, *The American Treasure of Slang*, [New York, Crowell, 1952] y *bijou*: «*sexe de femme*» (G. ESNAULT, *Dictionnaire des argots français*, [Paris, Larousse, 1965]). En el español de la época *alhaja* y *joya* ofrecían también una bisemia inconfundible. Así el expresivo texto de Sebastián de Horozco a *unas monjas sus devotas*: «... y si vuestro corazón/ remirando aquella alhaja,/ siente que aquel boquerón/ no estava allí sin razón/ ni fue para encerrar paja» (*Cancionero*, ed. J. Weiner, [Bern/ Frankfurt M., Lang, 1975], p. 63). Villalobos, en cierta bula chocarrera, dirigida a las damas de la corte: «Gánanse los perdones sin dar dinero, sino un sí, y una joya de su cuerpo» (*Algunas obras del doctor Francisco López de Villalobos*, ed. A. M. Fabié [Madrid, Bibliófilos Españoles], 1886, p. 34). La misma anfibología, sin duda muy viva en el habla cotidiana, hacía posibles chistes como el siguiente: «Al tomar agua bendita una toledana, la dixo el de Liche: 'Más quisiera, i sin molestia, el diamante con que dais luz que la mano.' Respondió ella asiendo del tusón: 'Yo mas el cabestro que la bestia' » (A. GÚZMAN E HIGUEROS [Foulché Delbosq], «Poesías de antaño», *Revue Hispanique*, 31 [1914], p. 274). O la disparatada ambigüedad: «A bodas soy combidada,/ quiero ir con alegría:/ pues no me falta nada,/ cúmplase la honra mía./ Calças tengo allá en la Galia/ bordadas con seda y oro/ y en Venecia mi thesoro/ que muy

gemas³⁷ con sentidos eróticos y en particular referidos al mismo genital femenino. El texto dde obligado recuerdo sería aquí, entre otros, el romance de Alora la bien cercada, cuyos habitantes buscan refugio llevando consigo sus bienes más preciados:

Las moras llevan la ropa,
los moros harina y trigo,
y las moras de quince años
llevaban el oro fino³⁸.

presto me traerán» (*ibid.*, p. 608). «Mi esperanza y deseo combatían/ una torre gentil, alta, cercada/ de muros de diamante, cuya entrada/ y honestidad y alteza defendían» (R. FOULCHÉ DELBOSC, «237 sonnets», *Revue Hispanique*, 18, 1908, p. 480). En la tradición moderna cabe espigar textos como: «Acostados estamos en la cama/ del hospital de la dulzura/ gangrenado de amor/ chupo tu joya» (CARLOS EDMUNDO DE ORY, en J. CARO ROMERO, *Antología de la poesía erótica española* [París, Ruedo Ibérico], 1973, p. 90).

³⁸ R. MENÉNDEZ PIDAL, *Flor nueva de romances viejos* (Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1962), p. 204. oro como símbolo general de fecundidad y erotismo (mito de Dánae, etc.), *Gold* en A. de Vries, *Dictionary of symbols and Imagery*. La identificación del oro con la belleza femenina, extendida metafóricamente a partir de la cabellera rubia, es una de las más básicas en toda la tradición petrarquista (M. FRANÇON, *Notes sur l'esthétique de la femme au XVI^e siècle* [Cambridge, Harvard Un. Press, 1939], pp. 90 y ss.). Para el caso español, H. Hatzfeld, «Zur Frage der Schilderungen weiblicher Schönheit im Spanische Renaissanceroman», *Germanisch-Romanisch Monatsschrift*, 11 (1923), 296-304 y J. J. ALLEN, «Lope de Vega y la imagería petrarquista de la belleza femenina», *Estudios dedicados a Helmut Hatzfeld* (Barcelona, Hispam, 1974), 5-23. El petrarquismo claramente ejerce gran sugestión sobre la pintura del Renacimiento, donde la belleza femenina se asimila iconográficamente a oro y gemas que palidecen o se eclipsan ante la hermosura (y a menudo desnudez) de las damas retratadas (L. FORSTER, *The Icy Fire. Five Studies in European Petrarchism* [Cambridge, Cambridge Un. Press, 1969]). Una pintura de Jan Brueghel que representa una copa de oro llena de joyas, con una guirnalda de flores en su borde, llega así a servir como representación de unos cánones de belleza femenina desarrollados a partir del retrato ideal de Laura («Parea chiusa in fin or candida perla»), según los estudios de G. Pozzi, «Codici, stereotipi, topoi e fonti letterarie», *Intorno al 'codice.* *Atti del III Convegno della Associazione Italiana di Studi Semiotici* (Florencia, La Nuova Italia Editrice, 1976), 37-76. «Il ritratto della donna nella poesia d'inizio cinquecento e la pittura di Giorgione», *Giorgione e l'umanesimo veneziano* (Florencia, Leo S. Olschki, 1981), I, 309-341. Sobre la destacada presencia del mismo «código» en la poesía amorosa de Fernando de Herrera (en especial su Canción V), E. OROZCO DIAZ, «Realidad y espíritu en la lírica de Herrera», *Boletín de la Universidad de Granada*, 91 Letras (1951), 3-35 (separata). La inclinación del símil áureo-femenino en un sentido netamente erótico se perfila como característica de Góngora en sus diversas épocas y niveles. Así su «Goza, goza el color, la luz, el oro» (Soneto 235, de 1583), y aquello de «Era Tisbe una pintura/ hecha en lámina de plata,/ un brinco de oro y cristal/ de un rubí y dos esmeraldas» (*Romances*, p. 308, en 1604). Algo similar ocurre también en Quevedo. *Le topique de la chevelure* (Garcilaso, Herrera, Camoens, Góngora, Lope, Villamediana, Marino, Quevedo), inteligentemente estudiado por M. Molho, se manifiesta de un modo peculiar en algunos sonetos (339 y 501) de este último no poco «troublants»: «Dans les deux cas, l'obsession topique se résout en l'enigmatique image d'une chevelure sanglante, la fleur suscitant en raison de sa couleur la représentation, étrangement agressive, de la blessure et du sang répandu». Su verdadero sentido es el de «un débat agonique entre l'inaccessibilité de la Dame et la pulsion charnelle intenselement reprimé», que concentra la contemplación ansiosa del cuerpo femenino en el solo elemento de la cabellera rubia («Sur un sonnet de Quevedo: "En crespa tempestad del oro undoso», *Mélanges offerts à Charles V. Aubrun* [París, Editions Hispaniques, 1975], pp. 92 y 106). Por otra parte, la comparación era también popular y se hallaba incorporada a la lengua más

A impulsos de la misma imagen, un auto sacramental de Lope simbolizará a la Carne, enemiga del alma, como una «hermosa joyera»³⁹. EL tema central del oro se justifica así por aunar bellamente el peso de lo económico y del sexo, la codicia de pecunia y de la mujer del prójimo, como factores decisivos de la obra⁴⁰. Se transparenta a su envés la idea agustiniana de subsumir la lujuria en la superior categoría de *cupiditas* como el gran vicio opuesto a toda forma de *caritas*⁴¹. EL «no hay caridad» del *La-*

cotidiana: «Mozo... aunque las más veces sale una fregoncita que se llama Cristina, bonita como un oro. Sold. Así que ¿es la fregoncita bonita como un oro? Mozo. ¡Y como unas perlas!» (Cervantes, *La guarda cuidadosa*). A. K. Forcione ha señalado también (sin advertir su latencia en cuanto imagen sexual) cómo el trato deshumanizador dado por Carrizales a su joven esposa se calca sobre el que reserva para sus barras de oro (Cervantes and the Humanist Vision, p. 63). Por último, quien desee informarse del significado de *dar el oro* en la fraseología erótica del árabe magrebí, lo hallará cumplidamente explicado en el bello libro de F. BONJEAN, *Confidences d'une fille de la nuit* (Tánger, Editions Marocaines et Internationales, 1968), p. 213.

³⁹ *La margarita preciosa*, en *Obras de Lope de Vega* (Madrid: Real Academia Española, 1982), II, 587. La Carne asegura allí vender «Gloria segura/ que se toca con las manos,/ no la del cielo, invisible» (p. 587). Petrarquesia y freudianamente a la vez, Lope consideraba también a la mujer como un estuche de oro: «¿Y quién no estima la caja,/ cofre o escritorio de oro/ donde tiene su tesoro/ y en mirar por él trabaja?/ De hombre de honra el honor/ donde tiene su tesoro/ y en mirar por él trabaja?/ De hombre de honra el honor/ es el tesoro del ser,/ y la caja la mujer,/ la llave de ella el amor» (*El toledano vengado*, en *Obras dramáticas* [1916], II, 596). Naturalmente, no dejaba de considerar a la mujer como la más codiciable de las «joyas». El «estudiante» Ugardo (eufemismo encubridor del tradicional arcipreste lujurioso) se dispone a violar a la infanta doña Sancha, tras rechazar las presecas con que ésta quiere salvar su honor: «Pues sólo a vos/ de todas las joyas quiero» (*El conde Fernán González*, ed. R. Marcus [París, Institut d'Etudes Hispaniques, 1963], p. 59). Y Lope, o quien escribiera *La Estrella de Sevilla*, hacía hablar así al enamorado Sancho IV: «Quien toda es de oro bajo el negro velo,/ y en plata engarza la rosada boca,/ cohechará en sí misma a la justicia» (LOPE DE VEGA, *Obras escogidas. Teatro*, ed. F. C. Sainz de Robles [Madrid, Aguilar, 1969], p. 539). *Joya* 'virginidad' era también eufemismo de gran circulación, y así en el mismo *Quijote*: «Pero no me daba a mí tanta pesadumbre la que a Zoraida daban como me la daba el temor que tenía de que habian de pasar del quitar de las riquísimas y preciosísimas joyas al quitar de la joya que más valía y ella más estimaba» (I, 41). «Duro se nos hizo de crear la continencia del mozo; pero ella lo afirmó con tantas veras, que fueron parte para que el desconsolado padre se consolase, no haciendo cuenta de las riquezas que le llevaban, pues le habían dejado a su hija con la joya que, si una vez se pierde, no deja esperanza de que jamás se cobre» (I, 51). Para el desarrollo de la imagen de la virginidad y de la esposa virtuosa como joya inestimable (a partir de Prov., 31, 10: «Procul et de ultimis finibus premium eius») en Erasmo, Vives y Fray Luis de León, A. K. FORCIONE, *Cervantes and the Humanist Vision*, pp. 134 n. y 200 n.

⁴⁰ Se reconoce aquí la misma influencia de móviles que el caso de Guzmán proyecta, desdoblado, a través de dos matrimonios, una vez por pura conveniencia de negocios y otra por satisfacer el capricho lujurioso que allí mismo reconoce como «exceso de codicia bestial, sutilísima y penetrante, que corre por los ojos hasta el corazón» (2.ª, III, 2, p. 823).

⁴¹ En San Agustín *cupiditas*, paradigma del afecto egoísta de cualquier clase, subsume a la lujuria y se erige como el vicio integralmente opuesto a *caritas*: «Quanto autem magis regnum cupiditatis destruitur, tanto caritatis augetur» (*De Doctrina Christiana*, III, 38). Frente a *caritas* «cupiditatem autem motum animi ad fruendum se et proximo et quolibet corpore non propter Deum. Quod autem agit indomita cupiditas ad corrumpendum animum et corpus suum, flagitium vocatur; quod autem agit ut alteri noceat, facinus dicitur» (*ibid.*, III, 37). Sobre la «tyrannide cupiditatis» reina la caridad (*ibid.*, III, 54). *Cupiditas* incluye expresamente toda suerte de deseo sexual, aun dentro del matrimonio: «Ibi enim quaeritur utilitas temporum opportunitatibus congrua, hic sa-

zarillo se proyecta también, integralmente, sobre esta Sevilla sin entrañas, capital económica de la Península, donde se traficaba hasta con los sacramentos⁴². Por lo demás, el Apóstol no había vacilado en este punto: *Radix enim omnium malorum est cupiditas* (I Tim., 6, 10). Aunque no sabemos hasta dónde llegaría el griego de Mateo Alemán, sería, con todo, suficiente para sacar su jugo al término *φιλαργυρία* usado por San Pablo en este último texto.

Cuanto sigue es desenlace y epílogo, abocados de primera intención al problema de la culpabilidad o inocencia de Dorotea. Se trata de un dilema doloroso, que no pocos críticos⁴³ eluden con afirmar, contra toda evidencia escrita, que ella termina «violada» por el galán burgalés. Pero lo allí narrado no deja lugar a dudas de cierta clase. Tras una resistencia empeñada, pero que sólo se acredita de ritual y que por ello se compara a «pendencia de por San Juan» con pleno acierto, los ya amantes «comieron y cenaron en muchas libertades y fuéronse a dormir a la cama». La crudeza erótica, siempre larvada en estas páginas, estalla en una descripción morosa, cuando el teniente sorprende a ambos desnudos, «que aprieta y por salvarse buscaban los vestidos, y teniéndolos en las manos, ninguno hallaba el suyo». Es una escena espléndida y terrible, con las llamas

tiatur cupiditas temporalibus voluptatibus implicata» (*ibid.*, III, 61). «Nomen avaritiae ampliatur est ad omnem immoderatum appetitum habendi quamcumque rem» (*Enarr. in Ps. Migne, Patrologie Latine*, t. XXXVII, col. 1530). La «crítica del poder del dinero y de la codicia», como uno de los básicos del *Guzmán*, en A. San Miguel, *Sentido y estructura del 'Guzmán de Alfarache'*, pp. 153-160. Sobre el reconocible y a veces peculiar agustianismo de Mateo Alemán, J. H. SILVERMAN, prefacio a J. ARIAS, *'Guzmán de Alfarache': The Unrepentant Narrator* (Londres, Tamesis Books, 1977), p. XII. M. CAVILLAC, «La reforma de la beneficencia en la España del siglo XVI: la obra de Miguel de Gignta», *Estudios de Historia Social*, 10-11, 1979, p. 37. Sobre el sello casi calvinista de su idea de la atracción o fómite del pecado, B. BRANCAFORTE, *'Guzmán de Alfarache': ¿conversión o proceso de degradación?*, p. 196.

⁴² «Ninguno alcanza su derecho sino comprándolo, ni cobra su hacienda si no es dando el diezmo al receptor que paga o al almoxarife que se la hace pagar; ninguno hace su oficio, ni se pone en su lugar, todo se uende, hasta los santísimos sacramentos y su administración» (A. PAZ Y MELIA, «Memorial del licenciado Porras de la Cámara al arzobispo de Sevilla sobre el mal gobierno y corrupción de costumbres en aquella ciudad», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 4, 1900, p. 552).

⁴³ Habla de *rape* McGrady, «Masuccio and Alemán: Italian Renaissance and Spanish Baroque», p. 204. Dorotea es «overcome and raped» según J. V. Ricarpito, «Two Versions of Sin, Moral Transgression, and Divine Will: 'Guzmán de Alfarache' and 'I promessi sposi'» *Kentucky Romance Quarterly*, 16 (1969), p. 113. «Claudio la obliga a que pase la noche con él y la violenta», afirma E. Cros, *Mateo Alemán: introducción a su vida y a su obra* (Salamanca, Anaya, 1971), p. 120. Se refiere a Bonifacio y Dorotea como novela de la «violencia carnal», A. DEL MONTE, *Itinerario de la novela picaresca española*, p. 97. La gravedad moral de la novela y el dudoso proceder de Dorotea son únicamente puestos de relieve por E. Moreno Báez, maravillado a su vez de que al autor no pase ninguna censura explícita sobre la conducta de la protagonista cuando ésta vuelve junto a su marido, como si nada hubiera pasado «Lección y sentido del *'Guzmán de Alfarache'*», p. 186). La escasa lucha de Dorotea y su gusto final en el pecado son puestos de relieve por J. Arias, junto con el aparente milagro de su ausencia de remordimientos (*'Guzmán de Alfarache': The Unrepentant Narrator*, p. 75).

al fondo y cuajada de armónicos del pecado original, en todo momento obsesivo para Mateo Alemán.

El proceso de la tercería hace virtualmente imposible, como se ha visto, que Dorotea fuera de verdad engañada. Por lo demás, el artificio con que la sacan de su casa es de orden grotesco y, si bien apto para burlar a necios, como ocurre en la fuente italiana, no es añagaza en que prender al personaje central de una narración seria y desprendida ya de todo contexto genérico de *folktale*. Todo aquello del convento es de risa. No hay allí más *abadesa* que Sabina y la palabra valía como «alcahueta» en la lengua vulgar de la época⁴⁴. La invitación al convento, que descaradamente promete diversiones (hasta una comedia), no es un ceder a la llamada de la contradicha vocación religiosa. El regalo de un rosario hecho de alcorza, imagen del más falsificado ascetismo, capta irónicamente la situación y constituye uno de los mejores rasgos de ingenio en la novela. Sabina llamó a Dorotea «traidora», leyéndole el pensamiento y engañando, como siempre, con la verdad.

Y sin embargo, el autor huye de plantear el caso como ilustración de ningún teorema de solución unívoca y geométrica. Dorotea tenía ciertamente en sus manos los datos necesarios para saber en todo momento por dónde navegaba. Pero en ninguna parte se afirma, tampoco, que obrara lo que se dice a sabiendas, ni presenciamos nada más depravado que la caída en la tentación de una mujer a quien la quiebra general de una sociedad pone en un trance imposible. Sin recurrir para nada a Freud ni al subconsciente, entre el rigor lógico del saber y el no saber se ha hallado siempre la opción humana y relativa de cerrar los ojos y no querer saber. En plena madurez como novelista, Mateo Alemán respeta a su personaje y se niega a violarlo, abriéndolo a los cuatro vientos con una explicación simple o al uso. El valor de Dorotea en cuanto ser literario se funda en su silenciosa ambigüedad, y no en una perversidad de *exemplum* o inocencia de melodrama. Al principio de la historia se revela cómo el demonio, no pudiendo tal vez derribarla, se conformaría con «que a lo menos trompezase», y ahora al final sabemos también que, «aunque no fue la pena igual al delito, fue a lo menos aldaba poderosa». Como si no hubiera caído del todo, no hay tampoco un castigo exteriormente irremediable. Es claro que el autor no está dispuesto a arrojar contra ella la primera piedra, pero tampoco la exculpa y su problema queda tan irresuelto como antes, lo cual no es, si se va a ver, pequeño castigo también. Los resortes

⁴⁴ Ejemplos de Torres Naharro y poesía germanesca, *Diccionario histórico de la lengua española* (Madrid, Real Academia Española, 1960).

de la obra presionan sobre la protagonista, pero son externos a ésta. Dorotea es la figura de la pasividad, que desde otro punto de vista viene a ser, a la vez, su única arma, igual que para Ozmín y Daraja lo es, en equivalencia, el engaño.

Sobre todo, la novela se halla inserta en supuestos ideológicos y encuadres literarios muy relacionados entre sí y válidos para la concepción entera del *Guzmán de Alfarache*. El primero y más obvio de estos cabos responde, como ya se apuntó, a claras finalidades de crítica social. Traicionada Dorotea por los hombres que administran la Religión y la Justicia, no hay derecho a exigirle ciertas responsabilidades y se la presenta como una víctima del matrimonio burgués. Mateo Alemán juzga a éste como una anulación antinatural de la mujer, reducida a un valor socioeconómico de mero objeto codiciado y poseído que de por sí la condena al adulterio⁴⁵. En lo esencial y a su manera (muy diversa de la del siglo XIX) es el mismo diagnóstico de Balzac en su *Physiologie du mariage* (1829). El descaro de Sabina profetizó irónicamente al batihoja y su esposa cómo habrían de ver todavía (sin ahorrar crueldad) «fruto de bendición». La imagen final de Dorotea, reintegrada a la monotonía del domicilio conyugal y comiendo tranquilamente con su marido, tiene sin duda un aire muy familiar para todo conocedor de la literatura del siglo pasado (entiéndase, de lo más cáustico de ésta). El gran sevillano estrena el tema de la vacación sexual de la mujer atrapada por el tedio cruel de la vida burguesa, ataque virulento contra la hipocresía de la misma en manos de Zola (*Une page d'amour*) o de Chekhov (*La señora del perrito*).

Semejante actitud de Mateo Alemán tiene como fondo el incipiente desarrollo de una burguesía que, como señalan estudios recientes⁴⁶, trataba de alzar cabeza, contra vientos y mareas, a fines del siglo XVI. Se dio incluso una campaña de escritos reformistas a la que no fue ajeno el mismo

⁴⁵ En notable afinidad con el esquema trazado por S. DE BEAUVOIR, *The Second Sex* (Nueva York, Bantam Books, 1965), p. 102. Para la misma autora «it was the social regimen founded on private property that entailed the guardianship of the married woman» (*ibid.*, p. 119). Sobre la idea de la esposa como *Chattel*, dentro del mismo cuadro, p. 102. Digno de atención es también el renovado interés doctrinal por el tema del matrimonio, en coincidencia tempoespacial con el incipiente desarrollo de formas de vida burguesa en la Baja Edad Media. No en vano se atribuye al mismo Wycliff haber iniciado la serie de los *Conduct Books* o manuales prácticos de economía familiar (L. C. Powell, *English Domestic Relations 1487-1653* [Nueva York, Rusell and Rusell, 1917], pp. 101 y ss.). Francia conoce también escritos de esta clase a fines del siglo XIV, especialmente los consejos del pseudo *Ménagier de Paris*, e Italia en el XV (L. B. Alberti y su *Trattato della famiglia*). En España habrá que esperar hasta el *Speculum vitae humanae* (1468) de Rodrigo Sánchez de Arévalo, disponible en vulgar a partir de 1491. Se le anticipó, significativamente, el ex-clérigo y casado Juan de Mena, con su elogio de «los que en el fuego de su juventud / fazen el vicio ser santa virtud / por el sacramento matrimonial» (*Laberinto de Fortuna*, 100).

⁴⁶ En conjunto, los de A. Domínguez Ortiz, J. A. Maravall, M. Cavillac, I. S. Révah y otros.

Guzmán de Alfarache. Mateo Alemán⁴⁷ reconocía en 1597 su hacerse allí eco de su amigo el doctor Cristóbal Pérez de Herrera, el gran arbitrista que, a partir de un proyecto de control del pauperismo, terminaba por proponer la transformación de Madrid en un nuevo Amberes⁴⁸. Miembro él mismo de esa burguesía semivergonzante y testimonio de su madurez intelectual, se hallaba nuestro autor harto capacitado para enjuiciarla desde dentro. Sin duda tenía una opinión resentida y adversa de la burguesía mercantil sevillana⁴⁹, a la que le ligaban lazos familiares muy cercanos. En años juveniles había intentado establecerse en el comercio indiano de la ciudad y su desastroso matrimonio con Catalina de Espinosa sabemos que fue parte de un complicado arreglo financiero, igual que en su primer casamiento lo hizo también su Guzmán. Aunque éste haya podido ser visto como un burgués fracasado⁵⁰, resultaba para él intolerable la idea de una sociedad basada en el mercader como exponente del principio de lucro⁵¹. Sobre todo, e igual que en el caso de Cervantes, su visión de lo hu-

⁴⁷ E. CROS, «Deux épîtres inédites de Mateo Alemán», *Bulletin Hispanique*, 58 (1965), 334. Textos de las mismas en E. CROS, *Protée et le Gueux*, pp. 433 y ss.

⁴⁸ «Pareciendo en el trato otro Amberes» (*Amparo de pobres*, Clásicos Castellanos [Madrid: Espasa Calpe, 1975], p. 240).

⁴⁹ E. CROS, «La vie de Mateo Alemán. Quelques documents inédits. Quelques suggestions», *Bulletin Hispanique*, 72 (1970), 331-337. Tal vez de aquí le quedara el aborrecimiento a las dotes y al matrimonio por interés, ampliamente exployado en uno de los mejores sermones de su *San Antonio de Padua*: «Trata de bodas y concierta el mundo sus casamientos, efectúalos la sensualidad, solicitada de la vanidad, son los padrinos interese y codicia, házese de todos una liga, quédanse juntos en buena compañía. Visítalos a pocos días la discordia, házeles que reciban en su servicio tuyo y mío, grandes aduladores y malos consejeros; y por su engañoso parecer, maltratan la caridad, riñen con la paz y despiden a el temor de Dios de su casa... Y no es de maravillar, porque se deslumbraron con la falsa luz de la riqueza, y como mariposas quedaron abrasados en ella... bruxulearon y asestaron la puntería donde avía más plata y oro... Usaron del matrimonio por consejos del Demonio, no sé si le podemos dar tan santo nombre a tan torpe apetito. Antes creo que le diríamos mejor contrato de venta real, pues no se trata en ello de otra cosa que de venderse o comprarse los unos a los otros, el marido a la mujer o la mujer al marido... Ellos quedan castigados con su castigo merecido, pues vendieron su libertad por precio a señor tyrano, dueño cruel y vengativo. Quisieron más tener dineros en el arca que mujer en la cama. O discreto Licurgo, y qué discreta ley hizieste, cuando mandaste que las mujeres no llevasen dote; con que las dotaste de virtudes, porque sabían ser aquel su remedio y mayor tesoro, y que los ombres buscassen su quietud con honestas y humildes compañeras...» (*San Antonio de Padua* [Sevilla, Clemente Hidalgo, 1604], ff. 304 r. 305 v. (Suplida puntuación y acentuación modernas). Conforme al rigor de tales ideas, el matrimonio de Bonifacio, que no llega a negocio de compra-venta, se hallaría cerca de ser un delito de apropiación indebida.

⁵⁰ «Guzmán es más un burgués malogrado que no un caballero venido a menos» (A. DEL MONTE, *Itinerario de la novela picaresca española*, p. 86). Fundamentales le parecen también, para la interna configuración del *Guzmán de Alfarache*, «el sentimiento que experimentan el cristiano nuevo y el burgués malogrado al vivir ajenos a la sociedad» (*Itinerario*, p. 97).

⁵¹ M. MOLHO en su *Introducción al pensamiento picaresco* se inclina a considerar el *Guzmán de Alfarache* como «diatriba anticapitalista» (p. 67). Lo dice, sobre todo, por su consideración del dinero como agente corruptor, que iguala a los rateros sevillanos con los banqueros genoveses (p. 113); en cuanto negociante sin escrúpulos, el padre del pícaro sería la más viva encarnación del «deshonor» (p. 67), a la vez que Italia queda menospreciada como el país del lucro (p. 81) y el mismo Guzmán

mano era demasiado amplia para dejarse captar por ninguna escuela o ideología a su alrededor. Ni uno ni otro ingenio estaban hechos para discípulos u hombres de equipo. En el caso de Mateo Alemán, sus convicciones más profundas salían al paso de cualquier seria ilusión reformista⁵². Como se ha señalado también oportunamente⁵³, desconfiaba en el fondo de las mismas ideas de Pérez de Herrera, cuya última realidad se le antojaba (sin equivocarse) el germen de un nuevo sistema represivo de control social.

No se trata con todo eso de presentar a Mateo Alemán como un contemporáneo nuestro, aunque sí como un pleno novelista moderno, nada inferior a Cervantes en sutileza y recursos narrativos. Por el contrario, se hallaba profundamente inserto en la coyuntura intelectual de su tiempo y la dificultad de entenderle procede en gran parte de nuestro incompleto conocimiento y prejuicios acerca de ella. En lo que se refiere a su crítica del matrimonio ciertamente estuvo bien acompañado y lo más personal de ésta radica en su aguda asociación de la misma con un fenómeno socioeconómico de máxima amplitud. Indudablemente familiarizado por su enciclopédico saber con la tradición del humanismo cristiano, era un modo de enjuiciar en gran parte a Erasmo y a Vives, cuya reforma conceptual del séptimo sacramento había ayudado a establecer, de camino, las bases del matrimonio burgués bajo el antiguo régimen. El estado conyugal pasaba a ser enaltecido como refugio esencialmente seguro (*tutum*)⁵⁴ para

recorre en su empecatada existencia el mismo camino de las riquezas españolas, absorbidas de Sevilla a Génova (p. 82). Difieren de este análisis Michel y Cecile Cavillac, para quienes el supuesto «anticapitalismo» del *Guzmán* se limita a la condena del uso especulativo del dinero, y no de los valores de producción lícita; el dinero no constituye para Mateo Alemán la piedra angular de los valores burgueses, sino un signo a mayor abundamiento de la tiranía del honor, en cuanto atributo para-aristocrático («A propos du 'Buscón' et du 'Guzmán del Alfarache'», *Bulletin Hispanique*, 75, 1973, p. 129). M. Cavillac insiste en presentar a Mateo Alemán como máximo enemigo de la haraganería nobiliaria e implícito defensor de una sociedad hacendosa bajo el ideal de un «gobierno democrático de los prudentes y sabios» («Mateo Alemán et la modernité», *Bulletin Hispanique*, 82, 1980, p. 391). Es de notar, para disminuir en esto las distancias, cómo no pasa desapercibido para Molho su claro ataque al concepto del trabajo como deshonor (*Introducción*, p. 117), con su virtual negación de la axiología nobiliaria (y cristiano-vieja).

⁵² Unanimidad en esto de la crítica, desde E. CROS (*Protée et le Gueux*, p. 79) hasta A. A. PARKER, *Literature and the Delinquent* (Edinburgh, Edinburgh Un. Press, 1967), p. 38.

⁵³ Como observa M. Cavillac, «lejos de ser un nuevo *faire-valoir* de las tesis del *Amparo de pobres*, el protagonista problematizaba los fundamentos éticos de su propia situación existencial de ser marginado», pues Mateo Alemán veía en aquellas ideas una nueva forma o sistema de explotación del pobre, no alejado en el fondo del que había encontrado en la espantosa mina de Almadén (*Amparo de pobres*, pp. CLXXXVI y CLXXXIX-CXC).

⁵⁴ E. TELLE, *Erasmus de Rotterdam et le septième sacrement*, pp. 236 y 247. Como aquí se observa, para Erasmo *bonum* equivale a *commodum* y *tutum* (*ibid.*, p. 240). El humanista Juan de Molina recogía la misma idea en su traducción del *Encomium matrimonii*: «Mas si en lo de acá buscas un camino más seguro al propósito del hombre, dígotte que es el estado del matrimonio. Este es el

esta vida y hasta para la otra, bajo un signo de comodidad y buena administración. El *De officio mariti* (1528) de Vives hace recaer, además, sobre el esposo la responsabilidad por la buena marcha del matrimonio⁵⁵, confiándole un papel de guardián y protector de la esposa, dentro de todas las prudencias imaginables. La conducta, en apariencia ejemplar, de Bonifacio, autoengañándose con su piedad y virtuosas intenciones, pone de manifiesto la hipocresía y egoísmo que tales ideas se prestaban a encubrir en la práctica. Alemán y Cervantes⁵⁶ se aúnan para mostrar las fi-

más llano, el más claro, el más limpio de ladrones, el más alegre y descansado» (LÓPEZ ESTRADA, «Textos para el estudio de la espiritualidad renacentista», p. 528). Erasmo había escrito allí de los «extrema conjugii commoda», y añadía: «Jam quid casto amore esse potest amabilis, imo quid sanctius atque honestius?» (*ibid.*, p. 501). No es preciso encarecer, en lo relativo a los problemas aquí discutidos, el interés de la locución *casto amore*, sobre todo teniendo en cuenta la enemiga de Erasmo (y no se diga de Vives) contra el matrimonio no sancionado por la autoridad paterna, que en especial reducía a las mujeres a la categoría de simples peones de la política familiar.

⁵⁵ Contra la institucionalizada misoginia medieval, que culpaba en esto a la mujer y sus flaquezas, fue Erasmo el primero en poner por delante las responsabilidades morales del marido (TELLE, *Erasme et le septième sacrement*, p. 182). La idea es después central en el citado tratado de Vives, cuyo primer capítulo se extiende en consideraciones edificantes acerca de la elección de esposa, no muy alejadas de las que en trance similar se hace en la novela Bonifacio (con cierta implícita caricaturización de las mismas). Interesa comprender aquí cómo en el origen de todo aquello se daba una intención rehabilitadora (aunque hoy no lo parezca) de la mujer y de la familia, enfocadas por la tradición cristiano-medieval de un modo groseramente biológico. Hay que poner de relieve que en España dicha renovación fue característica de conversos nutridos en la escuela del humanismo cristiano: «La atención que prestaban al matrimonio y a la familia no corresponde solamente a la moral burguesa que, dicho sea de paso, se manifiesta en fray Luis también en la crítica a la ociosidad de la aristocracia y la alabanza del trabajo manual, el madrugug y el ahorro; además refleja el deseo de los conversos de hallar en la intimidad familiar el reconocimiento y el amparo que la sociedad les negaba. La tentativa de revalorizar a la mujer, o más bien a la esposa, no tenía porvenir posible, ya sólo debido a su origen judío-burgués» (A. ROTHE, «Padre y familia en el Siglo de Oro», *Iberoromania*, 7, 1978, 132). La actitud de Alemán y Cervantes ante el problema del matrimonio ha de verse, pues, como intento de ahondar, con criterio si es preciso revisionista, dentro de esta misma tradición, que comienza a envejecer y que ambos respetan, pero no idolatran.

⁵⁶ Es de advertir que ambos se encuentran obsesos con el problema de la responsabilidad del marido, conforme a lo esbozado en la nota anterior, y en la que no veían sino una nueva complicación del problema, muy en contraste (por ejemplo) con la completa aceptación por Shakespeare de las tesis de Vives en *The Taming of the Shrew*. En el caso de Alemán y Cervantes su trabajo como novelistas les persuadía de que la realidad no funciona a base de fórmulas doctrinales, sino de situaciones y caracteres por definición problemáticos y en todo momento más complejos y vitalmente asediados de cuanto admitía ninguna teoría al uso. Teniendo en cuenta que tenían más cerca a Vives (especialmente en el caso de Mateo Alemán), les desazonaba también el ver la clase de suspicacias con que hasta los autores más «avanzados» se acercaban al problema de la mujer y de la sexualidad matrimonial. Censuraron así los connubios sin legitimidad sexual (*Celoso extremeño*, *Bonifacio* y *Dorothea*) a la vez que los basados en mero «apetito» o atracción física (Ortel Banedre, Guzmán y Gracia). Como en el caso de Cervantes, se han seguido así notables dificultades para la crítica. T. HANRAHAN censura a Mateo Alemán un concepto puritano e incomprensivo con el papel de la sexualidad en la teología del matrimonio (*La mujer en la novela picaresca de Mateo Alemán* [México, Porrúa, 1964], pp. 69-70). Pero aparte de descuidar los aspectos históricos que aquí se vienen discutiendo, no valora el hecho de que el *Guzmán de Alfarache* no presenta nunca la pintura de un «buen» matrimonio, sino una gama que (conforme a la visión picaresca) da a elegir entre malos y peores. E.

suras de un concepto del matrimonio carente de autenticidad sexual, explotador de la mujer y negocio a la larga desastroso para el marido egoísta neurótico (Carrizales) o egoísta beatífico (Bonifacio), buscadores ambos de soluciones fáciles para los grandes problemas de la vida, que en vano tratan de esquivar. Lo mismo que uno se condena por desconfiar en una casa sevillana que es fortaleza y prisión, el otro lo hace por incauto, en una casa abierta a alcahuetas y miradas lascivas, sin recelar ni aun de los proverbiales regalos de monjas ni del erotismo congénito en las diversiones de la sanjuanada⁵⁷. Ambos novelistas (por lo demás tan divergentes) se muestran acordes en desconfiar de las teorías. Porque no hay luz doctrinal capaz de traspasar el espesor de la imperfección y experiencia humana sin sufrir, por lo menos, una medida de refracción en los sentidos más imprevisibles.

La novela de *Bonifacio y Dorotea* muestra el tropiezo de una mujer al extremo de una cadena de irresponsabilidades masculinas, pero no por ello constituye un manifiesto feminista, lo mismo que no es tampoco (¿hará falta decirlo?) marxista ni freudiana. El hogar del batihoya y la bordadora⁵⁸ actúa como lente que atrae a su foco todas las flaquezas de la

Moreno Báez discrepará de Hanrahan sólo en atribuir su supuesta enemiga al matrimonio a influencias escolásticas, y no a un agustinismo exacerbado y casi calvinista (reseña, *Insula*, 216-217, noviembre-diciembre, 1964). Pero Mateo Alemán se sabía su teología por dentro y por fuera, lo cual no lo volvía sino tanto más cauteloso. Tanto en el *Guzmán* como en el *San Antonio de Padua* no faltan ciertas manifestaciones de ostentoso conservadurismo. En cierto pasaje del primero comienza por considerar al amor conyugal como un simple grado superior al del prójimo, conforme a la más tradicional ortodoxia; pero aun allí terminará por enunciar ideas de máxima oportunidad para una profunda iluminación del problema planteado en torno a *Bonifacio y Dorotea*: «Pero amor corre por otro camino. Ha de ser forzosamente recíproco, translación de dos almas, que cada una dellas asista más donde ama que donde anima... El amor ha de ser libre. Con libertad ha de entregar las potencias a lo amado» (I., I, 2, p. 134). Cierta capítulo del *San Antonio de Padua* donde lanza por delante que «los daños del matrimonio suceden las más veces (cuando el ombre no es loco) por la loca muger» (f. 197 r.), no sólo reduce a una tautología la misiginia tradicional, sino que termina relatando un milagro realizado para confusión de cierto marido tiránico. Tampoco es aquí de olvidar la correcta observación de Hanrahan acerca de cómo en Mateo Alemán *amor* y sus derivados suelen designar claramente «el movimiento de los apetitos inferiores que logra dominar las facultades superiores» (*La mujer en la novela picaresca*, p. 62).

⁵⁷ Sobre la fiesta de San Juan y sus ritos mágico-sexuales, J. T. REID, «St. John's Day in Spanish Literature», *Hispania*, 18 (1935), 401-412; N. SALOMON, *Recherches sur le thème paysan dans la 'comedia' au temps de Lope de Vega* (Burdeos, Féret, 1965), pp. 636 y ss. En cuanto a regalos de monjas, Hernán Núñez y Correas recogieron refranes como «El torno de las monjas pide doblones y da toronjas» o «La monja, por hábito da naranja» (L. MARTÍNEZ KLEISER, *Refranero general ideológico español* [Madrid, Hernando, 1978], 42.107 y 42.108). El contraste dialéctico entre los respectivos desenlaces de *Bonifacio y Dorotea* y *El celoso extremeño* fue ya sugerido por E. MORENO BÁEZ, *Lección y sentido del 'Guzmán de Alfarache'*, p. 187.

⁵⁸ Son aquí de tomar en cuenta las tradicionales resonancias eróticas asociadas en todas partes con el tema de la joven ocupada en tejer y labores afines (M. ELIADE, *Myths, rites, Symbols* [Nueva York, Harper Books, 1975], II, 415). Era tópico harto conocido en la época, y así Góngora: «Erase una vieja / de gloriosa fama, / amiga de niñas, / de niñas que labran. / Para su contento / alquiló una

sociedad y todas las fragilidades del individuo, tras una fachada de felicidad conyugal que es puro fraude y seguirá siéndolo. Nada, por tanto, más alejado de la misoginia que es casi artículo de fe en la crítica del *Guzmán de Alfarache*⁵⁹. La inclinación al mal trasciende a ambos sexos y no en vano la lúcida Sabina, paradigma de traición ella misma, se las ha ingeniado para llamar *traidores* tanto a Bonifacio como a Dorotea. A diferencia de Masuccio y de Tamariz, esta última no se ha llamado *Justina*, porque para Mateo Alemán hasta las víctimas tienen también su tanto de culpa. Lo que no tiene interés ni sentido dentro de un módulo literario como el del *Guzmán de Alfarache* es ningún retroceso en dirección del tema de *engannos e assayamientos de las mugeres*, origen remoto del cuento. En su obra el dolo (activo o pasivo) es patrimonio común de la especie humana⁶⁰, pero también, «janualmente», el grande y único recurso de los oprimidos. En tales condiciones, queda para siempre atrás la actitud literaria de proceder a un convencional reparto de premios y de castigos⁶¹.

casa / donde sus vecinas / hagan sus coladas» (*Romances*, p. 105). Amplio tema también en Lope, mínima pero diestramente explorado por M. GOYRI DE MENÉNDEZ PIDAL «El amor niño en el romancero de Lope de Vega», *De Lope de Vega y del Romancero* (Zaragoza, 1953), 61-77. Subyacente en todo ello se encuentra la capacidad de aplicación erótica latente en cualquier intensa actividad física, según señala P. GUIRAUD, *Sémiologie de la sexualité* (París: Payot, 1978), p. 115. Dado el sentido obsceno que entonces dábese también a la locución *batir el cobre*, junto con el ya expuesto símil áureo-femenino, el oficio del *batihoya* se vuelve profunda e irónicamente funcional en una novela como la de *Bonifacio y Dorotea*.

⁵⁹ Según Hanrahan, la obra registra una sistemática deformación negativa de la mujer (*La mujer en la novela picaresca*, pp. 122-123). Para E. C. ROS, Mateo Alemán sólo se halla interesado en pintar la falsedad de la mujer en todas sus edades y estados (*Protée et le Gueux*, p. 375). En la interpretación de J. V. RICARPITO la visión degradante que Guzmán tiene de todo lo humano procedería de los vicios de su madre y de la clase de aventura a que debe su misma existencia («Love and Marriage in *Guzmán de Alfarache*», *Kentucky Romance Quarterly*, 15 [1968], 126). Resentido hacia las mujeres en opinión de C. B. JOHNSON, *Inside Guzmán de Alfarache* (Berkeley and Los Angeles, Un. of California Press, 1978), p. 173. A lo largo de la obra aparece como Eva, causa de todos los males, a juicio de B. BRANCAFORTE, «*Guzmán de Alfarache*: ¿conversión o proceso de degradación?», p. 49. Con anterioridad a estos críticos, MORENO BÁEZ había negado la misoginia de Mateo Alemán, no menos duro con la mujer que con el varón (*Lección y sentido del 'Guzmán de Alfarache'*, p. 155), a pesar de algún violento texto del *San Antonio de Padua*.

⁶⁰ Más aún, la humanidad viviría condenada a perpetuo engaño como víctima de un «Júpiter» a su vez imperfecto y doloso (es decir, «picaresco»), según JOHNSON, «Dios y buenas gentes en *Guzmán de Alfarache*», p. 562. Desarrolla en esto a A. CASTRO, *Cervantes y los casticismos españoles* (Madrid, Alfaguara, 1966), pp. 46, 74, 101, 181, 345.

⁶¹ Es D. McGrady el más inclinado a ver en la novela un *exemplum* en cuyo desenlace «iniquity has been overcome and society has returned to normalcy» (*Mateo Alemán*, p. 167). El silencio de Dorotea se justificaría como un discreto repudio de la solución, puramente literaria, del tipo «Lucrecia» y de toda respuesta sangrienta a los casos de honor. Por su parte, Claudio paga con público deshonra la secreta ofensa inferida y ha de retirarse de por vida a un convento. Similar también la lectura de TORRES MORALES: «El matrimonio de Dorotea no sufre menoscabo; vuelve a su casa sin mengua de la felicidad conyugal... Bonifacio vive en feliz ignorancia» («Las novelas del licenciado Tamariz», p. 71). Mero y justo castigo de culpables ve también A. FRANCIS, *Picaresca, decadencia, historia*

Los viejos mecanismos en blanco y negro, inoperantes en el planteamiento y desarrollo, menos aún logran funcionar en un desenlace caracterizado por no ser verdadero final ni salida, con el retorno al matrimonio abusivo y a la claustrofobia de la casa-taller, de donde salió toda la aventura. La restauración de un supuesto orden perturbado es imposible, por el simple motivo de que nunca ha habido tal. Para mayor ambigüedad, la misma Sabina acaba por asumir un papel salvador y abnegado, que veda al mal juez su odiosa venganza y pone a cubierto lo único que cabe rescatar en materia de *honra*. Pero su destino será el de fallecer al cabo de pocos días, lo mismo que otros enterados del caso, por designio de una Providencia que, al parecer, no da con mejor expediente que el muy cascado de la vista gorda y una conspiración de silencio sellada por la muerte. Por la misma relativa justicia, que al fin y al cabo habrá que llamar «poética», la hermana «honesta» del seductor (por completo ajena a lo ocurrido) queda, a su vez, abrasada en la cama de un criado. Quiere decir, pues, que no se trata de hombres ni de mujeres, ni de doctrinas ni de reformas. Es todo el peso abrumador de la humanidad caída o, más decisivamente, de la humanidad mal hecha y peor gobernada de muy arriba, conforme al mito de Júpiter y el Contento, en superación radical y acristiana del pecado en el Paraíso.

No deja de darse una sobria y noble belleza en este mirar cara a cara, sin dar paso hacia atrás ni hacia el lado, esta metafísica de la imperfección humana, en cuanto única realidad que, aunque ingrata, no es sombra ni engaño. Nada aquí, tampoco, de la quejumbre de Pleberio ante una Providencia incomprensible o claudicante. Y Mateo Alemán ha elegido con plena conciencia el molde picaresco como el más adecuado para encauzar dicha contemplación, que en todo momento impondrá a su estructura temática e intencional. *Bonifacio y Dorotea* topa por lo mismo muy pronto con sus límites en cuanto a un concepto de novela burguesa, igual que *Ozmín y Daraja* no es tampoco la perfecta novela morisca. Estas historias de personas para el mundo ilustres, o al menos «decentes» como Dorotea y como Bonifacio, no dejan de ser también una desolada picaresca sin pícaros o modelos, si se quiere, de una «alta picaresca» que es, sin duda, su decisiva instancia genérica. Lejos de resolverse, como una novela del XIX, en el plano de la crítica o retrato social y del realismo psicológico, la his-

(Madrid, Gredos, 1978), p. 54. Pero todas estas interpretaciones sencillamente se vuelven de espaldas al consentimiento muy real de Dorotea, que es sin duda el eje de toda la novela. McGrady se alarga por este camino hasta considerar a ésta como un estudio de «the social problems brought up by the violation of a chaste woman» (*Mateo Alemán*, p. 167). Nótese, para una recta perspectiva de este punto, el contraste ofrecido por *La fuerza de la sangre*, con la preservada y después restaurada *honra* de Leocadia, totalmente inculpable de su violación.

toria a su modo burguesa de *Bonifacio y Dorotea* se rige por un pesimismo sarcástico claramente enraizado en el *Lazarillo de Tormes*. Las últimas páginas de éste no en vano penetran también en un hogar de honra averiada, aunque próspero a los ojos de una sociedad no menos hipócrita y metalizada. No esta vez una Sevilla mercantil, pero sí un Toledo⁶² de ricos eclesiásticos y pretenciosos beneficiarios de oficios reales, todo un *establishment* al que el cínico pregonero sirve, junto al verdugo, de infame apéndice. En *Bonifacio y Dorotea* tenemos un proceso de intensificación trascendente que reducirá a su último absurdo la burla del honor-opinión y de tantas cosas más. Es un anillo que se cierra al caer sobre la casa del batihoja el secreto asfixiante y la paz malsana que contrastan con el festivo escándalo en que Lázaro y su mujer quedaban allí envueltos. E igual que aquél se proclama, como despedida, en la cumbre de su buena fortuna, Mateo Alemán lanzó también sobre su novela el acorde postrero de una frase indeciblemente cruel: «Porque así sabe Dios castigar y vengar los agravios cometidos contra inocentes y justos».

FRANCISCO MÁRQUEZ VILLANUEVA

Harvard University

⁶² No es aquí de olvidar el gran desarrollo de la burguesía toledana en esta misma época: «En Toledo la burguesía era muy fuerte, integrando una clase mercantil y distintas profesiones liberales. Su poder económico y su huella llegaba hasta el más pequeño núcleo de la población. Una gran parte de los bienes rústicos estaban en sus manos», conforme a modelos de interacción social de que daría fe el mismo *Lazarillo de Tormes* (J. GÓMEZ-MENOS FUENTES, «Los médicos toledanos del Siglo de Oro y su clase social», *Cuadernos de Historia de la Medicina Española*, 12 [1973], p. 389).